

El Sueño de Judas

Fco. Javier Oliva

Para Silvia, Patricia y Elena,
por ser quienes son y estar donde están.

Para José Luis y Luis,
por su apoyo y sus correcciones.

Para mis padres,
por todo lo que han hecho y siguen haciendo.

Gracias a Michel , a Alberto, a Txema y a Lucía por el empujón.

CAPITULO I

Aquella tarde de otoño pensaba celebrar mi cincuenta cumpleaños en total intimidad ya que se acercaba el mediodía y aún no me había felicitado nadie. Tampoco me importaba demasiado. Estaba acostumbrándome a estar solo y la idea de haber alcanzado el medio siglo sin alguien a quien llorarle en el hombro no me asustaba. También estaba seguro de que lo único que iba a resultarme realmente difícil iba a ser escribir mi edad con un cinco delante. Aparte de ese cambio de dígito, mi vida transcurriría como lo había hecho hasta entonces, esto es, tropezando en las encrucijadas que de continuo los hombres nos encontramos cada día que amanece.

Mi despacho de la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid era lo más parecido a una planta recicladora de papel. Las torres que formaban cientos de hojas amontonadas sobre mi mesa y que emergían de los cuatro rincones de la angosta y oscura habitación, impedían que pudiera desenvolverme con facilidad a la hora de contestar al teléfono o, simplemente, de ver quién entraba por la puerta. Aunque, si hay que hacer honor a la verdad, casi nadie —si exceptuamos a Goretti— la ha cruzado en los años que llevo ocupando ese maldito despacho. Porque, seamos sinceros, ¿a quién le importa en estos días una asignatura tan insustancial e indefinida como es “Ética y Deontología de la Información”? No sé quién creó la cátedra que hoy ocupo, ni cómo pude hacerme con ella después de haber sido Jesuita, haber estado casado, y terminar por separarme de mi mujer, a la cual, todo sea dicho, odio con todas las fuerzas de las que soy capaz de disponer cuando termino de dar clase. ¿Cómo puede un hombre hablar de “ética” cuando su moral resulta bastante dudosa ante cualquier ser en sus cabales? Quizá, el decanato de esta Facultad respetase mi puesto porque, cuando gané las oposiciones para ser profesor numerario, aún pertenecía a la orden religiosa. Después me enamoré como un colegial y decidí colgar los hábitos en lugar de remangármelos cada vez que Lucía se ponía a tiro, que era dos o tres

veces por semana. Pocos meses más tarde, y dejando en secreto mi renuncia a la vida monacal, conseguí ser catedrático. Luego llegó el matrimonio, el nacimiento de mi primera y única hija cuatro meses después —pesó casi cinco kilos— y la batalla del Paseo de la Habana, que era donde vivíamos y donde ahora Lucía reina sobre el territorio que me conquistó y del que huí sin mirar atrás por eso de no convertirme en estatua de sal. No le guardo rencor porque no tengo un lugar lo suficientemente grande como para almacenarlo y que se conserve fresco. Por todo ello, prefiero olvidar tanto traspies y presumir de que, en realidad, soy la reencarnación del prefijo “ex”, un título que pocas personas pueden ostentar en mayor cantidad de la que yo lo hago.

Tal y como comenzaba, aquella fría tarde de otoño se presentaba igual que unos ejercicios de retiro, presta para que meditara sobre lo que ya no había nada que meditar. Me disponía a cerrar el despacho después de haber dado mi última clase del día cuando uno de los dos bedeles de la planta —quizá fuera el ujier, no lo recuerdo— me dijo que don Claudio Esteban me había llamado por teléfono mientras aleccionaba a mis alumnos sobre lo que está bien y lo que no lo está.

—¡Caray! —exclamé con cierto sarcasmo. —Al menos, ese viejo loco se ha acordado de mi cumpleaños.

El ordenanza pareció sorprendido aunque no tardó en reaccionar.

—Felicidades, don Patricio. No sabía que hoy...

—Gracias —le contesté con la misma sinceridad con la que me había hablado.

Siempre me ha fastidiado que me llamen por mi nombre de pila. La verdad es que, cuando llegué a la mayoría de edad, tenía que haber demandado a mis padres por haberse roto la cabeza al buscar nombre para su primogénito. La culpa fue de mi madre, que era irlandesa y quiso que su hijo llevase algo más que su sangre.

La noticia me llegó cuando Claudio Esteban era ya un cadáver, pero yo lo ignoraba. ¿Cómo iba a imaginar que había muerto de un infarto nada más colgar el teléfono? Aquel anciano alucinado había sido como un hermano para mí mientras estuve bajo la tutela de los Jesuitas, más de veinte años. Siempre había estado rodeado de libros y su portentosa imaginación le había hecho decir, en más de una ocasión, barbaridades acerca de cualquier hecho histórico que sonrojaron a más de uno y alarmaron a la mayoría. Nunca le consideré un historiador serio, sino más bien un pobre fracasado en busca de algo que le diera fama y gloria, ya que, en caso de conseguir dinero, habría ido a parar a la tesorería de la orden. Pero, al fin y al cabo, era un personaje entrañable, como un niño al que le divierte inventar cuentos que le gustaría que fueran verdad. Toda su obsesión se resumía en bajarle los pantalones a la Historia y ponérselos del revés, en buscar lo nunca encontrado, en descubrir alguna teoría oculta durante siglos que explicara algo que, gracias a Dios, ya no podría cambiar el rumbo de los

acontecimientos. Siempre pensé que, de haberse inventado una máquina del tiempo, don Claudio habría viajado en ella y Napoleón terminaría fregando los barracones de la tropa.

Abandoné la Facultad y conduje pacientemente hasta la calle de Serrano para visitar a mi buen amigo don Claudio. Sabía que no era de recibo que, siendo yo quien cumplía años, fuera a su celda del convento para que me felicitara, aunque en su caso, siendo un octogenario que apenas podía caminar, lo menos que podía hacer era desplazarme hasta allí y hacerle compañía durante un rato.

La portera del convento, una mujer con aspecto imponente por sus mejillas sonrosadas sobre un cuerpo rollizo y enorme, me recibió con gesto desagradable y me indicó cómo podía subir a su habitación. Aquellas explicaciones estaban de más porque conocía el camino. Lo hice en ascensor ya que, aunque estaba en la segunda planta, me gustaba abrir las viejas puertas de madera y pulsar el panel de botones anacarados con los números gastados por el tiempo. Golpeé con suavidad la puerta dos veces con los nudillos y esperé respuesta. Pero nunca llegó a mis oídos. Un muerto no puede hablar. Giré el picaporte dorado muy despacio y entré en la celda. Allí estaba don Claudio, sentado en su butaca tapizada de terciopelo rojo que había frente a la mesa llena de papeles y libros, con la cabeza agachada y la mano todavía sobre el auricular del teléfono. Su corazón había dejado de latir nada más cortar la comunicación. Tenía el rostro sereno, como a quien le afeita la guadaña sin hacerle daño, como si, de repente, se hubiese sentido muy cansado y hubiera decidido que ya estaba harto de ocupar un lugar en el mundo. Se había ido tal y como vivió, dando una nota original a su marcha.

Supe de inmediato que estaba muerto. Su rostro reflejaba una paz de la que nunca hizo gala. Ni siquiera me acerqué a él alarmado temiendo que un insignificante soplo de vida aún quedara en su cuerpo. Don Claudio siempre había sido rotundo. “O se hacen bien las cosas, o no se hacen”, solía decir.

—¡Dios mío! ¡Padre Claudio! —exclamó la portera cuando le avisé que fuera hasta la celda para ver lo que había ocurrido.

Luego desapareció de mi vista escaleras arriba para avisar a no sé quién. Regresé a la habitación y me senté sobre la cama, junto a su mesa de trabajo. Allí, mientras esperaba a que alguien de la orden bajara, recordé las entretenidas charlas que don Claudio y yo manteníamos sobre sus fantásticas e inimaginables fanfarronadas históricas. Incluso creí que su cuerpo, con seguridad todavía tibio, se movía y me regañaba por incrédulo e ignorante. Por eso me asomé a los papeles que tenía sobre la mesa para tratar de arreglarlos y dejar algo más digna su malograda reputación de hombre desordenado. Fue al recoger sus libros y algunos apuntes cuando me llamó la atención el título de un cuadernillo cosido con lana, como siempre acostumbraba a guardar sus trabajos.

—“*Los Iscariotes a través de la Historia*” —leí en voz baja.

Jamás había visto aquel nombre que, por otra parte, me resultó familiar. Pasé la página y continué leyendo antes de que nadie pudiera interrumpirme.

“Si alguien me oye decir que, casi dos mil años después de la muerte de Nuestro Señor, Judas Iscariote está vivo, me tomarían por un demente. Pero quizá, si supieran que el apóstol traidor no era más que el germen del engranaje de una máquina que a través de los tiempos continúa funcionando como recién engrasada, cambiarían de opinión. Muchos han sido los años que he empleado en descifrar el mensaje que, desde el principio del cristianismo, amenaza con derrotar la fe y la esperanza que millones de personas tienen puestos en Jesucristo. Y aún puede conseguirlo. No quiero ser alarmista. Sólo pretendo desvelar el secreto del que todos somos extraños.”

No me atrevía a seguir leyendo. Sentí una profunda vergüenza ajena que crecía cada vez que mis ojos tocaban las palabras escritas por su antigua pluma estilográfica. El viejo loco de don Claudio Esteban había sido consecuente consigo mismo hasta que Dios o el diablo se lo llevó a su lado. No sólo construía la Historia a su antojo, sino que se permitía la licencia de tocar temas que bien le hubiesen valido un disgusto por parte de cualquier compañero de la orden. Aún así, preferí continuar revisando el manuscrito, tal vez porque era el último contacto que tendría con él. No sabía que, al hacerlo, iba a hipotecar varios meses de mi vida en el sueño de un incomprendido.

“Mis investigaciones no han sido fáciles, pero al final han dado resultado. Para ello he tenido que ser disciplinado y seguir un método lógico, sin obviar un solo paso. Es por esto que de tal forma voy a exponerlo ante el lector, que seguirá escéptico mis palabras ante un hecho tan contrastado, pero que al final de mi exposición, dejará su incredulidad aparcada junto al Catecismo.

Recordemos, por tanto, y para iniciar mi exposición cronológicamente, algunas de las pocas palabras que el Evangelio dedica a Judas Iscariote, para continuar después con los argumentos que he podido ir recopilando no sin mucho esfuerzo.

‘AL VER JUDAS, EL TRAIOR, QUE HABÍAN CONDENADO A JESÚS, SINTIÓ REMORDIMIENTOS Y DEVOLVIÓ LAS TREINTA MONEDAS DE PLATA A LOS SUMOS SACERDOTES Y SENADORES, DICIÉNDOLES:

—HE PECADO, ENTREGANDO A LA MUERTE A UN INOCENTE.

ELLOS LE CONTESTARON:

—Y A NOSOTROS, ¿QUÉ? ¡ALLÁ TÚ!

ENTONCES ARROJÓ LAS MONEDAS CONTRA EL SANTUARIO Y SE MARCHÓ; LUEGO FUE Y SE AHORCÓ.

LOS SUMOS SACERDOTES RECOGIERON LAS MONEDAS Y DIJERON:

—NO ESTÁ PERMITIDO ECHARLAS EN EL ARCA DE LAS OFRENDAS, PORQUE SON PRECIO DE SANGRE.

Y, DESPUÉS DE DISCUTIRLO, COMPRARON CON ELLAS EL CAMPO DEL ALFARERO, PARA CONVERTIRLO EN CEMENTERIO DE EXTRANJEROS. POR ESO AQUEL CAMPO SE LLAMA TODAVÍA HOY «EL CEMENTERIO» (MATEO 27, 3-8).’

Hasta aquí, todo el mundo conoce la historia. Pero si el lector es atento y tiene un ejemplar comentado de la Santa Biblia, reparará en una nota a pie de página que dice que aún no se sabe con certeza lo que ocurrió con las treinta monedas, haciendo después referencia a algunos versículos de los Hechos de los Apóstoles. A mí me ocurrió esto mismo, por lo que adelanté unas docenas de páginas y pude leer lo siguiente:

‘UNO DE ESOS DÍAS HABÍA REUNIDAS UNAS CIENTO VEINTE PERSONAS. PEDRO SE PUSO EN PIE EN MEDIO DE LOS HERMANOS Y DIJO:

—HERMANOS, TENÍA QUE CUMPLIRSE LO QUE EL ESPÍRITU SANTO HABÍA PREDICHO EN LA ESCRITURA; LO QUE DAVID ACERCA DE JUDAS, QUE HIZO DE GUÍA A LOS QUE ARRESTARON A JESÚS. ERA UNO DE NUESTRO GRUPO Y COLEGA EN ESTE SERVICIO NUESTRO.

CON LA PAGA DEL CRIMEN COMPRÓ UN TERRENO, SE DESPEÑÓ, REVENTÓ POR MEDIO Y SE ESPARCIERON SUS ENTRAÑAS. EL HECHO SE DIVULGÓ ENTRE LOS VECINOS DE JERUSALÉN, Y A AQUEL TERRENO LO LLAMARON EN SU LENGUA HACÉLDAMA, O SEA, «CEMENTERIO», PORQUE EN EL LIBRO DE LOS SALMOS ESTÁ ESCRITO:

“QUE SU FINCA QUEDE DESIERTA Y QUE NADIE HABITE EN ELLA” (HECHOS 1, 15-20).’

Desde luego, lo que se hizo con las treinta monedas queda aclarado ya que, definitivamente, se compró un campo. Aunque no supe hasta más tarde el porqué de esa nota a pie de página poniendo en duda el destino del dinero, me percaté de que en el primer párrafo dice que Judas se ahorcó mientras que en el segundo se despeñó tras comprar un terreno. Eso también contradice al Evangelio de Mateo, que explica cómo fueron los sacerdotes quienes compraron el campo.

Extrañado con tales contradicciones, resolví aclararlas aunque fuera lo último que hiciera en esta vida. Tras una búsqueda implacable, llegó a mis manos cierto relato de Santiago de Betania (ver documentación que adjunto al final), un herrero de la aldea cercana a Jerusalén y que según decían las gentes, cuenta cómo Judas no se arrepintió inmediatamente después de haber entregado a Jesús, sino que se arregló con los sacerdotes para organizar un grupo que disolviera a los seguidores del Condenado. El propio Judas, junto a un senador y un sacerdote, se erigieron como cúpula de poder de lo que denominaron “Iscariotes”, en clara referencia al apellido del traidor. Algún tiempo después, el apóstol comprendió su mal y trató en vano de disolver la camarilla que, poco a poco, ganaba adictos. Pero era demasiado tarde. Los Iscariotes ya eran muy numerosos y sus relaciones gozaban de grandes influencias. Así es como Judas, derrotado y arrepentido, trató de suicidarse. Antes de colgarse de un árbol próximo a un campo al que Santiago de Betania llama “Campo de Sangre”, los hombres de los sacerdotes dan con él y le arrojan desde una peña. Es así como muere, y no como cuenta Mateo.

Dejé el cuadernillo a medio leer sobre la mesa y miré al cadáver. Definitivamente, don Claudio Esteban había llegado a la cima de su locura. Fue entonces cuando agradecí que hubiera muerto antes de que algún científico lunático diera a la humanidad la ocasión de viajar a través de los tiempos. De ser así, Simón Pedro hubiera terminado, no por cortar la oreja a un soldado con la espada, sino por echar a

los romanos de Galilea con una división acorazada. Por supuesto que aquel montón de palabras eran una excusa perfecta para escribir una novela de espionaje religioso en tiempos del Imperio, pero no para tratar de hacer verídica una mentira tan imaginativa. Decidí llevarme las hojas a mi casa como muestra y recuerdo de su fantasía antes de que nadie apareciera, pero la mala suerte y una primera indecisión me cortaron la cuerda del tiempo. Me disponía a esconder el cuadernillo bajo la chaqueta cuando apareció la portera acompañada por uno de los compañeros de don Claudio. Instintivamente, pasé las páginas como si hubiera estado ojeando el folletín sin demasiado interés antes de volverlo a dejar sobre la mesa. Fue al hacerlo cuando descubrí, entre un mar de papeles, una fotocopia de un libro que parecía haber sido impreso hacía varios siglos, quizá por su tipografía en la temprana Edad Media, donde a modo de titular, y en latín, explicaba la importancia de los Iscariotes en la firma del edicto de Milán. No me fue difícil leerlo ya que dominaba desde los catorce años la antigua lengua muerta con la misma soltura que el castellano paterno o el inglés de mi madre. Aquello sí parecía ser auténtico, pero no me fue posible examinarlo durante más que un instante. El sacerdote, sin tan siquiera saludarme, me invitó a salir de la celda y a abandonar el convento. Y así lo hice, con las manos vacías, el corazón encogido y el pensamiento molesto por la incertidumbre.

CAPITULO II

Jonás Padrón era, como yo, catedrático en la Universidad Complutense de Madrid. Hacía más de cinco años que no sabía nada de él hasta que lo encontré de pie junto a la tumba de don Claudio, en el cementerio de El Pardo. El sepelio era, en cualquier caso, patético. Apenas éramos una docena de personas las que habíamos ido a despedir al jesuita muerto el día antes. Y es que el bueno de don Claudio ya había enterrado a toda su familia y a la mayoría de sus amigos. No sé si merece la pena vivir tanto tiempo.

Después de que uno de los enterradores municipales hubiera echado la primera palada de tierra sobre el ataúd ya que nadie quiso disfrutar de aquel macabro honor, me acerqué hasta donde estaba Jonás. Antes de saludarle, pensé que aquel hombre debía dormir en un frasco relleno de formol porque se conservaba como la más preciada mariposa de un cuidadoso coleccionista. Si no recordaba mal, yo debía de ser diez años más joven que él y ni siquiera se adivinaba una sola cana entre sus poblados cabellos. Por el contrario, mi cabeza estaba en proceso de desertización, sobre todo por la coronilla, donde cualquiera hubiera jurado que me hacía la tonsura entre cortos mechones que cada día se vestían más de gris.

—Me alegro de verle, doctor Calleja —me dijo acercándose.

—¿Cuándo hiciste ese pacto con el diablo para conservarte tan bien? —le pregunté mientras nos dábamos un protocolario abrazo para luego seguir caminando hacia la salida del camposanto.

—Vida sana —respondió sonriente. —Nada de tabaco, nada de alcohol, y un poco de gimnasia todas las mañanas.

—Valiente mentiroso —le acusé mientras rebuscaba dentro del bolsillo un paquete de tabaco a medio terminar. —No creo que hayas sido capaz de apartarte de tus viejos vicios —dije mientras le ofrecía uno. Y aceptó.

Estaba seguro de lo que decía. Jonás Padrón había sido el golfo más intoxicado de cuantos había tratado. Nos conocimos pocos meses antes de que yo me hiciera cargo de mi cátedra, cuando nos presentaron en una de esas reuniones burocráticas que no sirven para nada. Para entonces, él ya ostentaba con cierto orgullo y toneladas de prepotencia la suya de Historia Medieval en la cercana Facultad de Geografía e Historia. Una lluviosa tarde de primavera, durante la fiesta que dimos en casa para celebrar mi ascenso, trató de cortejar a la que luego fue mi mujer entre vientos de cerveza que salían de su boca. Lucía, por supuesto, acabó por despejar sus intenciones con dos sonoras bofetadas que hicieron sobresaltarse y sonreír a los invitados. Creo que fue aquel hecho lo que hizo que me resultara simpático, claro está, no ese mismo día, sino años más tarde, recordando aquella triste anécdota, cuando de buena gana hubiera dejado que violara a Lucía, no sólo en mi casa, sino en mi propia cama. Jonás Padrón era un ser con un sólo principio: hacer lo que le apetecía cuando, como y donde le diera la gana. Eso no era obstáculo para que fuera un buen profesor, fiel a sus amigos... siempre y cuando no hubiera entre medias una mujer, una botella de cerveza y algo de humo con que llenar los pulmones.

Esa mañana de noviembre, mientras don Claudio y sus fantasías comenzaban a descomponerse, Jonás y yo tomamos café en mi despacho de la Facultad. Allí, confesé haber tenido muy abandonado al anciano jesuita durante meses, visitándole cuando la pereza se marchaba de vacaciones ya que jamás había logrado vencerla. Por su parte, él admitió haber obrado del mismo modo, aunque su último encuentro fuera quince días antes de su muerte.

—¿Parecía enfermo? —le pregunté simulando interés, más bien porque es lo que se suele preguntar en estos casos.

—En absoluto. Parecía viejo. Ya sabes cómo era él, siempre absorto en sus libros y en absurdas elucubraciones. De hecho, aquel día me echó de su habitación después de unos minutos. Ya sabes que le fastidiaba horrores que alguien le interrumpiera cuando se encontraba trabajando. Aún así, noté que no andaba muy bien de cabeza, ya me entiendes, la edad... Físicamente, no hace falta decir que el pobre apenas podía caminar, pero siempre fue un hombre lúcido... dentro de lo que cabe. Creo que había empezado a desvariar.

Jonás sabía tan bien como yo que el pobre don Claudio había muerto feliz, con las botas puestas, tal y como le hubiera gustado. Nos despedimos con la firme promesa de llamarnos en días próximos para continuar hablando sobre lo humano y lo divino, frases que siempre se dicen y casi nunca se cumplen, y más cuando uno de los dos no pone nada de su parte. En el caso de Jonás, su excusa era perfecta: quería llegar a ser decano y para ello no escatimaba tiempo ni esfuerzo. No cesaba de aprovechar la ocasión de conocer cualquier contacto influyente dentro de las altas esferas políticas y académicas. Lo llevaba haciendo desde mucho antes de que me lo presentaran y continuaba sintiendo

aquella predisposición a la escalada social. Según me dijo antes de volver a darnos un abrazo, iba a tener muy pocos huecos libres de los que disfrutar durante varios meses. El rectorado le había pedido que asistiera como representante de la universidad Complutense a unos cursos de verano que iban a celebrarse en París. Se trataba de analizar los movimientos económicos a nivel mundial a través de la Historia, y más concretamente, su relación con la aparición del hambre a gran escala en más de la mitad del planeta.

—¿Y qué tienes que ver tú con tanto economista? —le pregunté.

—No son ellos los que me interesan —me respondió el viejo golfo con sonrisa cómplice—, sino lo que tienen: prestigio, responsabilidades... Si logro atar buenos lazos con algunos de esos magnates y politicastos, tendré el crédito que necesito para subir algunos peldaños más. De momento, he conseguido que me dejen organizar parte de las aulas.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Ya me conoces. Una mentirijilla aquí, un poco de coba por allá... y los años, que ya son sesenta y uno, y eso da cierta seriedad y experiencia.

No era difícil creerle. Acostumbrado a pavonearse entre personalidades durante las jornadas de verano de El Escorial y en las del Palacio de La Magdalena, Padrón había decidido dar un salto más y conquistar los recién creados Cursos Europeos de Verano. Las personas no cambian cuando son los genes quienes les dictan la norma a seguir y Jonás Padrón no lo haría nunca. Sus cromosomas le guiaban la mente por un camino predeterminado del cual nunca se podría desviar.

* * *

Tardé dos días en olvidar la ambición del catedrático y volver a acordarme de la existencia del cuadernillo que había comenzado a leer en la celda del jesuita. En uno de los descansos entre clase y clase, cuando los alumnos aprovechan para fumarse un cigarrillo y yo lo hago para fumarme dos, estuve pensando en aquellas absurdas palabras acerca del apóstol traidor y la ridícula elucubración del entrañable don Claudio. Así pasé toda la mañana, soltando idioteces acerca de la moral y la ética que deben regir el texto dentro de la columna de un periódico mientras mi mente no hacía otra cosa que retroceder en el tiempo y estamparse de narices contra el pequeño manuscrito. Fue a causa de ese molesto acoso de mi curiosidad por lo que decidí volver al convento de la calle de Serrano después de comer. Quería tenerlo de nuevo entre mis manos. La portera continuaba sentada detrás de la ventanilla como hacía tres días y tuve que sobornarla para que me dejara acceder a la celda. Antes de que sus gruesas manos giraran la llave dentro de la cerradura, me ilusioné al estar seguro de conseguir el cuadernillo. Pero lo único que sentí fue frustración cuando la mujerona abrió la puerta. Alguien había

entrado allí con anterioridad y le había quitado el polvo a todo lo que encontró, o lo que era lo mismo, había revuelto la habitación dejándola en el más absoluto desorden. Una vez más, la portera desapareció escaleras arriba. Desde luego, el ladrón no era exactamente un tipo de guante blanco.

Reaccioné de inmediato. Asumiendo mi primer error cometido el día de la muerte de don Claudio, me puse manos a la obra antes de que apareciera la portera acompañada por algún sacerdote. Dispuse de varios minutos de total soledad para buscar el cuadernillo pero no pude encontrarlo. El ladrón había volado con él y nadie sabía con qué más. En su lugar, y escuchando ya de fondo los pasos de la mujer y el cura, guardé debajo de la gabardina la Biblia que el jesuita solía ojear antes de irse a dormir, arrastrando en mi pequeño hurto varias hojas de papel que había debajo. Pocos segundos después, la portera se presentó cubriendo la retaguardia al mismo sacerdote que me echó el día de mi cumpleaños. De nuevo sin saludarme, me pidió que me fuera por donde había venido. Tuve que poner cuidado para que las hojas que escondía no crujieran delatándome.

Regresé a la Facultad y me encaminé a mi despacho. Las paredes de chapa despintada del ascensor fueron las únicas que notaron mi nerviosismo porque no dejaron de quejarse según subíamos hacia la quinta planta. Tuve el tiempo justo de guardar mi botín en un armario abarrotado de libros antes de que, ¡oh, milagro!, alguien llamara a la puerta. Se trataba de una mis alumnas, la más peculiar de todas. Porque, ¿a qué persona sensata de este mundo se le ocurre cursar el doctorado en la cátedra de Ética y Deontología de la Información? Goretti entró en la habitación como quien lo hace en la consulta del dentista. Sus ojos oscuros no eran capaces de detenerse en un mismo lugar un solo instante. No es que pareciera nerviosa, es que lo estaba. También era cierto que el desorden de mi despacho era suficiente como para despistar a cualquiera. No parecía el de un hombre de letras, sino el de un chamarilero de compraventa de papel. Y la joven así debió pensarlo.

La invité a que se sentara ante mi mesa y retiré varios libros de encima para que pudiéramos vernos mejor. Conocía ese rostro alargado y de perfiles suaves de haberlo visto el curso pasado en alguna de las aulas de la quinta planta, donde los polluelos aprendices de periodistas terminaban de romper el cascarón. Recordé que aquella muchacha delgada, de grandes ojos oscuros y de cabellos color caoba tenía que ser la estúpida que había solicitado hacer el doctorado en mi cátedra. Seguramente le habrían denegado poder cursarlo en cualquier otro departamento por falta de calificaciones y de cerebro.

—Soy Goretti March. Tenía una cita con usted a las cuatro. Siento haberme retrasado —se explicó con la mirada fija en ninguna parte.

—No te esperaba hasta junio —bromeé para romper el hielo. Sabía que la muchacha estaba muy cohibida. Parecía demasiado tímida como para presentarse allí y decirme, además de tan simple presentación, que no tenía otro lugar a donde ir.

—¿Hasta junio? —se extrañó mostrando una sonrisa forzada por la duda y su buena educación.

—¡Claro, mujer! Es el mes en el que se dan las notas. ¿O es que crees que no recuerdo que apenas asististe a mis clases el curso pasado? —le dije para ver cómo reaccionaba. —Esperaba que hicieras lo mismo este año.

Toda la sangre de su cuerpo fue a acumularse en sus mejillas. Debía de estar pasando un calor inhumano, pero no por ello dejé de hacerle pasar un mal rato. Me gustaba la situación y quería saber con qué clase de persona iba a tener que verme las caras durante los siguientes dos años.

Goretti quedó muda ante mi acusación, pero pronto recuperó el habla para defenderse con una excusa tan tonta como formal.

—Sé que no fui demasiado a clase pero, al final, estudié sus apuntes y aprobé.

Solté una carcajada que se escuchó en los despachos contiguos.

—¡Y con sobresaliente!, si no recuerdo mal. Cualquiera puede sacar un diez conmigo de profesor. Sólo tiene que copiar en el examen mientras leo el periódico.

—Yo no lo hice —dijo revolviéndose en la silla. —Y no suelo mentir.

—Aún así, no tiene mucho mérito —sentenció—. Sobresaliente... —terminé por murmurar irónico.

Decidí cambiar de actitud antes de que me partiera la cara en dos o se marchara llorando del despacho. No sabía cuál podía ser su siguiente reacción y no tenía demasiadas ganas de averiguarlo.

—¿Por qué has elegido esta cátedra para tu doctorado?

Dudó un instante antes de responder.

—No me han aceptado en las demás —confesó.

—Al menos, te interesará la asignatura —le dije seguro de escuchar un sí por respuesta.

—No lo sé. Espero que usted haga que me guste.

Aquel revés no era la excusa de una idiota descerebrada. Al menos, no la de una joven que sólo quería tener un título más dentro del cajón para ver cómo se pudría, igual que las ilusiones de don Claudio.

—Veré cuánto jugo se puede sacar de esa cabeza.

—Todo el que usted quiera.

Aquella timidez de niña tonta que había mostrado minutos antes no era otra cosa que mero formalismo. Goretti sabía lo que quería aunque yo, por aquel entonces, ignoraba que fuera una mujer tan decidida.

—Para empezar, tengo una tarea para ti. De tu eficacia dependerá, en gran medida, tu éxito en el doctorado —mentí.

Debo reconocer que, ante todo y sobre todo, soy bastante perezoso, por lo que habitualmente me las ingenio para que otro haga el trabajo que me corresponde. Y suelo exigirle más que a nadie. Así que hice una pausa para traer ante mis ojos de memoria el texto que había visto en la celda de don Claudio el día de su muerte, en particular la fotocopia del libro que implicaba a aquellos Iscariotes en la firma del Edicto de Milán.

—Espero que te gusten los trabajos de investigación. ¿Tienes conocimientos de latín?

—Suficientes para traducir cualquier texto.

—No se trata de pasar las páginas al “Libro de las Galias” igual que hacías en el colegio —aventuré con aquel reproche—. Hay una obra escrita en la temprana Edad Media, entre los siglos X y XII, donde se habla del edicto de Milán y la importancia de un grupo... poco conocido que influyó en cierta manera en su proclamación. Quiero toda la información sobre ese libro en esta mesa dentro de una semana.

Goretti no pareció asustarse ante mi petición.

—¿Cómo se llama y dónde puedo encontrarlo? —me preguntó mientras sacaba del bolso una pequeña agenda.

Sonreí antes de responder.

—No tengo ni idea. Esos son los únicos datos de que puedes disponer.

No quise mentar a los Iscariotes por no parecer tan demente como mi difunto amigo.

La joven se levantó de la silla y me tendió la mano en señal de despedida.

—Aquí lo tendrá —afirmó como si ya supiera de qué libro se trataba.

O aquella muchacha tenía mucho valor o se pasaba de lista. No me arriesgo afirmando que estaba convencida que usando Internet y haciendo una búsqueda genérica en el *Google* iba a solucionar la papeleta en un pis-pas. ¡Había que ser ingenuo! Aquella opción no era válida: yo la había probado ya y había fracasado. Así se lo dije, más que nada para ahorrarle un disgusto y un par de horas frente al ordenador. Pero pareció no importarle. Me dejó su número de móvil escrito en una hojita de la agenda —yo no tenía móvil (ni antes ni ahora) así que no le di nada— y se despidió.

Desapareció del despacho cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí. La muchacha no me había causado mala impresión. Quizá resultara interesante tenerla como alumna de doctorado, o pudiera ser mejor como colaboradora para satisfacer mis intereses, que es lo que solemos hacer los catedráticos cuando queremos obtener mano de obra gratis a la hora de trabajar en lo que nos apetece. Por ello le mandé averiguar a qué libro pertenecía la fotocopia que había visto sobre la mesa de don Claudio y despejar las dudas que habían surgido en mi mente después de que se hubiera producido el robo en su celda. Como he dicho antes, yo era —y sigo siendo— demasiado vago para perder el tiempo en constatar una fantasía de tal calibre. No me equivoqué en ordenarle aquella misión de rata de biblioteca

ya que la muchacha resultó ser mucho más inteligente y efectiva de lo que en un primer momento pensé. No sólo me trajo el título del libro, sino que me indicó dónde podía conseguir un ejemplar. Pero eso ocurrió tres días más tarde.

Entretanto, ocupé mi tiempo en un gratificante viaje al pasado, revisando una antigua y empolvada enciclopedia editada a mitad de los años cuarenta. Era la única obra que, dividida en doce volúmenes de considerable grosor, tenía ordenada en la estantería de mi despacho. Antes ya había tratado de descubrir algo interesante a través de Internet, pero todos los intentos fueron inútiles.

Empleé horas muertas en regodearme con la imaginación del jesuita. Como un colegial de enseñanza primaria, fui copiando a mano y en hojas vírgenes, frases inconexas acerca de la proclamación del edicto de Milán por el emperador Constantino en el año 313. Incluso bajé varias veces a la biblioteca de la facultad para intentar dar con algún texto que, acaso, hablara de los Iscariotes. Pero todo mi trabajo fue en vano. Tampoco puse demasiado interés. Lo tomé como un entretenimiento mientras la pobre Goretti se dejaba las pestañas e interminables minutos en un cometido absurdo. Pero ni los artículos de la enciclopedia ni las entrañas de la biblioteca lograron desvelarme nada que ya no supiera. Aún así, no quedé decepcionado por tan apático esfuerzo. Mi fracaso no hacía otra cosa que corroborar mis sospechas respecto al cuadernillo. El convencimiento en que la búsqueda de mi pupila resultaría infructuosa, darían carpetazo al asunto. Además, no había perdido demasiado tiempo. Aquella fotocopia bien podía ser un montaje del propio don Claudio para dar más credibilidad a una investigación falseada o a una novela autenticada.

Goretti llegó la mañana de aquel viernes dispuesta a tambalear todos los cimientos sobre los que yo había edificado mi defensa ante la fútil ilusión de mi pobre amigo. Entró en mi despacho con la sonrisa de los vencedores y una minifalda libidinosa que abría hasta los párpados más cansados. Se sentó frente a mi mesa y me dijo satisfecha que había cumplido mi encargo. Mi expresión debió de dejarle perpleja porque tardó unos segundos en abrir su bolso y sacar su agenda. Sigo pensando que la pobre no sabía si yo tenía los ojos como lunas porque había cumplido mi recado o por no perderme detalle de las medias que enfundaban sus piernas. Después de respirar profundamente y pasar varias páginas con movimientos pausados, me miró a la cara y me achacó haberla engañado.

—No se conoce el título de la obra que usted me mandó buscar.

—Lo sabía —mentí con toda la convicción que fui capaz de mostrar—. Sólo quería ver hasta dónde podías llegar con los pocos datos que te di.

—Hasta el final —me contestó molesta después de conocer mi trampa—. Me ha costado mucho dar con ese libro. Espero que mi trabajo demuestre mi eficacia.

Asentí con la cabeza antes de escuchar su relato. Sus pesquisas habían comenzado en la Biblioteca Nacional el día en que nos conocimos y habían terminado en el mismo lugar tres días

después. No tardó demasiado en localizar la obra, un viejo ejemplar nacido en la Abadía de Cluny en el siglo X, entre los años 950 y 975 según rezaba el informe adjunto a la obra. No se conocía ni el título ni el autor, pero todo hacía pensar que había sido escrita por uno de los monjes de la abadía versado en la historia del Imperio Romano y con ganas de desvelar viejas leyendas acerca de la libertad religiosa a partir del mandato de Constantino. El fraile en cuestión podía llamarse Antonio de Ameugny, pero aquel dato no podía constatarse por ningún medio ya que se conocía poco acerca de la vida de aquel hombre. Gorette se lamentó por no haber podido tener el extraño ejemplar entre sus manos ya que le negaron el acceso a él, quizá por ser una joven e inexperta estudiante. Aún así, el informe oficial que pudo leer explicaba que el libro era una copia del original, guardado celosamente en la propia abadía.

—¿Y qué puedes decirme del grupo subversivo del que te hablé? —pregunté con disimulada ansiedad.

—¿Los Iscariotes? Nada que no aparezca en el título de uno de los capítulos. La copia está incompleta. Habría que trasladarse a Cluny y ver el original. Quizá ahí... —se explicó—. Por otro lado, he averiguado que toda la información que hay en España sobre la firma del edicto de Milán se encuentra en la universidad de Salamanca.

La muchacha había visto una obra en la que aparecían aquellos Iscariotes del demonio y yo continuaba sentado frente a ella aparentando total tranquilidad aunque mi corazón se había despertado de un brinco. El pobre don Claudio buscó información precisa para su nueva locura e incluso consiguió hacer una fotocopia de un libro cuyo acceso estaba, al menos, restringido. ¿Qué había hecho para tenerlo entre sus manos? Además, nadie en su sano juicio le hubiera permitido poner el libro sobre el cristal de una fotocopidora o de un escáner y que su potente luz sumara mil años de envejecimiento a sus páginas. Todo resultaba tan poco corriente como falso. Mis ojos podían haberme engañado y lo que creí real no fue otra cosa que ilusión por revivir las manías de mi amigo. Pero había algo de verdad en todo aquello. Gorette había leído el mismo título que, pocos días antes, descubrí en la celda del muerto. Los Iscariotes, según Antonio de Ameugny, habían influido, de un modo u otro, en la firma del edicto de Milán. Y puestos a investigar, sólo tenía una solución: trasladarme a Salamanca y ver qué podía sacar en claro sobre el hecho histórico para después viajar a Cluny si deseaba saber algo más de aquel libro sin nombre.

Tuve que esforzarme para explicar a mi joven alumna que aquel encargo no tenía en absoluto que ver con su doctorado. Gorette no entendió cómo le había pedido buscar algo que ni tan siquiera sabía que existía y se mostró decepcionada ya que su esfuerzo no había servido para nada. Traté en vano de animarla diciéndole que tan sólo era una prueba para ver con qué clase de alumna contaba y así poder sacarle todo el jugo, pero no sirvió de nada. Cuando nos despedimos, su rostro apesadumbrado

reflejaba la tristeza del que cumple con su deber y no se le reconocen sus méritos. Pero pronto cambiaría.

* * *

Salamanca me recibió con el cielo gris. La lluvia intermitente y el viento frío hicieron que llegara con un buen catarro a la universidad. Antes pasé a registrarme en el hotel donde me alojaría las dos noches siguientes. Luego, me dirigí hacia la facultad de Filosofía. Mientras caminaba por las populosas calles de la capital castellana, iba ordenando ideas dentro de mi cabeza. El viaje no había sido demasiado largo, lo suficiente para intentar colocar cada pieza en su lugar. Además, por una vez en la vida, decidí dejar el coche en el garaje y tomar el tren para concentrarme en aquello que quería investigar. Desde que Goretti apareció en mi despacho con aquel informe sobre el libro del tal Antonio de Ameugny y una minifalda no mucho más ancha que un cinturón, los recuerdos se fueron precipitando en mi mente hasta llegar a formar una sucesión lógica de acontecimientos. Por supuesto, don Claudio era un viejo loco dispuesto a alcanzar la fama con o sin razón. Su imaginación había costado a sus amigos —entre los cuales me incluyo— más de un bochorno. Pero, al parecer, alguien se había molestado más de la cuenta por aquel cuadernillo que el día de su muerte sostuve durante unos minutos entre mis manos. Desde luego, la idea de un grupo formado por miembros contrarios a la doctrina de Jesucristo no era nada nuevo, aunque sí su nombre: los Iscariotes. Jamás nadie lo había escuchado. Quizá, ese alguien, un tanto ofendido por una causa que entonces yo desconocía —hoy me tiro de los pocos pelos que me quedan por haber sido tan idiota— decidió que aquel cuadernillo no era digno de que nadie lo viera y entró en la habitación del jesuita para hacerse con él. Por mi parte, y como suele ser habitual, la pereza me pudo y no fui a echarle otro vistazo hasta que ya fue demasiado tarde. El robo en la celda era evidente y su objetivo también estaba claro: el ladrón se hizo con el texto manuscrito y con toda la información que pudo. Tan sólo dejó lo que consideró sin interés o lo que no le dio tiempo a guardarse en el saco. Hoy, sentado en mi despacho, sé que los minutos se le abalanzaron en la celda de don Claudio y tuvo que salir huyendo con casi todo. Aún así, la prisa es mala consejera y dejó algo del tesoro para otro, para mí: la Biblia del jesuita y varios papelotes que aquel día todavía no había mirado con detenimiento pero que no tardaría en hacerlo. Por lo tanto, aquella fantástica historia de los Iscariotes podía ser falsa o verdadera, pero alguien estaba dispuesto a que no lo averiguara ni yo ni nadie. La única pista con la que contaba era el libro editado en la Abadía de Cluny hacía mil años y una torpe historia sobre la injerencia de los Iscariotes en la proclamación del edicto de Milán.

Llegué a la biblioteca de la universidad pasado el mediodía. Después de preguntar si la documentación que precisaba la tenían en formato digital —la negativa fue rotunda: eran textos muy

antiguos y poco consultados— ordené a un bedel que me llevara a la mesa todo lo que hubiera acerca de la proclama de Constantino al tiempo que sacaba de mi maletín las notas que había tomado sobre el emperador romano de la enciclopedia de mi despacho. Mientras esperaba mi encargo, observé con detenimiento que el emperador se había dado relativa prisa en permitir la libertad de culto dentro del Imperio. Todo había comenzado algunos años antes. El sistema que implantó Diocleciano dividiendo el poder entre cuatro hombres iba a desembocar en una guerra entre Augustos. Maximiano y Constancio se encargaban de poner orden en occidente mientras que el propio Diocleciano junto con Galerio lo hacían en oriente. Diocleciano abdicó en el 305 y obligó a hacer otro tanto a Maximiano. De esa forma, el Imperio quedaba con una cabeza a cada lado. Galerio se encontró con todo el oriente a sus pies y pensó que hacerse con el resto del poder sería cuestión de tiempo. Al fin y al cabo, Constancio era el único que quedaba a su misma altura. Desoyendo las voces críticas que le acusaban de prepotente, nombró sucesor de Diocleciano a Licinio sabiendo que la influencia que tendría sobre él sería suficiente para que no le pusiera obstáculos a la hora de proclamarse único dueño y señor del Imperio. Pero por aquel entonces, en occidente, había hecho su aparición Magencio usurpando el poder a Maximiano sin ningún permiso. En contra de lo que cualquier ser humano en su sano juicio hubiera podido pensar, a Galerio le gustó la maniobra aunque eso suponía tener de nuevo a dos personas al mando de occidente. Sin pedir consejo a nadie y sacándose el permiso de debajo de la toga, le nombró Augusto, o lo que era lo mismo, le dio potestad para hacer y deshacer a sus antojo, quizá porque le convenía tal jugada. Un año más tarde, en el 306, Constancio murió guerreando contra los Pictos y sus soldados, en el mismo campo de batalla, cedieron el poder a su hijo Constantino en calidad de Augusto. El propio Maximiano, entonces en el destierro, le reconoció tal categoría y le brindó su apoyo. Incluso le ofreció a su hija en matrimonio. Poco tiempo después, Constantino obligó a su suegro a suicidarse y así se quedó con su parte del pastel. Los anhelos de Galerio y Constantino coincidían: los dos querían convertirse en únicos dueños de Roma. Se trataba de una guerra de tres contra uno. Pero Licinio, que hasta ese momento había resultado un muñeco de trapo neutral manejado por Galerio, fue el primero en desertar y pasarse al bando contrario con lo que las fuerzas quedaban igualadas. A Galerio no le dio tiempo a plantar cara a sus contrincantes. Murió en el año 311 y Constantino se empleó a fondo contra Magencio, derrotándole y acabando con su vida en la batalla del puente Milvio, a las afueras de Roma, el veintiocho de octubre del año 312. Aunque Licinio estaba de su parte, Constantino no quería futuras guerras y se autoproclamó Máximo Augusto, o lo que era lo mismo, tenía poder para hacer lo que le viniera en gana según se levantara del *triclinium* con un pie u otro.

Todas aquellas notas me indicaron que Constantino pasó de ser el hijo de un César Augusto con una cuarta parte de poder, a ver el mundo desde la cima en tan sólo seis años. Desde luego, mi ignorancia no llegaba tan lejos. Sabía que en aquellos tiempos era más fácil morir asesinado por intrigas

palaciegas que concursar hoy en un programa de televisión. De hecho, ningún historiador a lo largo de los siglos le ha dado más importancia de la que tiene a toda esa sangre empapando las togas. La pregunta que me rondaba la cabeza era si aquellos Iscariotes de los que don Claudio hablaba habían tenido algo que ver con todas aquellas acciones.

Un bedel con cara de amargado llegó a la mesa con varios volúmenes forrados de piel y polvo y los dejó caer pesadamente a mi lado. El proceso de lectura, copia y discernimiento había comenzado. Mi resfriado iba en aumento y, terminado el primer día, regresé al hotel con la nariz tan taponada como mi cabeza. Al día siguiente, con una buena dosis de aspirinas correteando por mi organismo, logré hilvanar varios datos que podían coincidir con alguna absurda historia de intrigas y traiciones, aunque, de vuelta a mi habitación, y quizá fruto del cansancio y la fiebre, me parecieron fantasías dignas de conocido demente. Fue al tercer día, de regreso hacia Madrid y mientras hojeaba en el tren las notas que había tomado, cuando entrelacé una teoría que nadie había podido explicar con claridad en los cientos de hojas que había leído. Constantino se deshizo de sus oponentes y, pocos meses después de su triunfo político y bélico, proclamó junto a Licinio el edicto que, por otra parte, no se firmó en Milán, sino que parecer ser fue en Roma. Con tal proclamación se permitía la libertad de culto y se restituían los bienes confiscados a la Iglesia. Por otro lado, los paganos y judíos tuvieron desde entonces serias trabas para profesar su religión. Se cerraron sus templos y se prohibieron sus sacrificios. Todo hubiera encajado de perillas si Constantino hubiera sido cristiano, pero el emperador bebía los vientos por una religión solar monoteísta —algo en común con el cristianismo sí tenía—. Eso me hizo pensar que lo único que quería era quitarse de en medio a los usados y numerosísimos dioses romanos y así poder rezar por las noches a su inmensa bola de fuego. Por supuesto, su jugada, aunque astuta, no resultó efectiva y tuvo que ser Eusebio de Nicomedia, obispo de Constantinopla, quien le obligara a bautizarse en su lecho de muerte ya que durante todo ese tiempo se abstuvo de pasar por la pila. Años antes, pudiera ser para que no se le viera el plumero, le dio a la Iglesia carácter oficial y participó de forma activa en el Concilio de Nicea en el año 325. En siete años y sin ninguna razón aparente, los cristianos pasaban de ser proscritos a tener poder dentro de la estructura de un imperio a cuya cabeza le traía sin cuidado si aquel Dios había muerto en la cruz o ahogado en una tinaja de vino. ¿Por qué? La respuesta no estaba entre mis apuntes.

De regreso a mi despacho, ordené las notas y las puse del derecho y del revés, imaginé lo impensable y pensé lo inimaginable. Por muchas vueltas que le di a los últimos años de la vida de Constantino y a su maldito edicto, no saqué nada en claro. Pudiera ser que no hubiera nada más allá de los hechos y yo me empeñara en dar la razón —sin que sirviera de precedente— a las locuras de don Claudio. El emperador había obrado como le había dado la gana, seguramente para quitarse de encima a la molesta secta de los cristianos y así tener un problema menos que resolver. Además, era un hombre muy inteligente y sabía que el poder religioso resultaba, incluso, más fuerte y convincente que la

contundencia de las armas y las decisiones políticas. Estuve a punto de pensar que el jesuita se había tirado un farol del tamaño del Coliseo de Roma y yo me lo había tragado con zapatos y todo. Y la duda se me indigestó hasta que Goretti abrió por tercera vez la puerta del despacho dispuesta a comenzar de una vez su doctorado. Los dos ignorábamos que su curso estaba a punto de caerse por la borda.

Fue al revolver la basura de uno de mis armarios para poder presentarle el programa que le haría doctora, cuando dejé al descubierto la Biblia de mi amigo y los pocos papeles que me llevé de su celda. Me había olvidado de ellos. Dejando mis deberes de tutor por unos instantes, releí por encima aquellas dos hojas manuscritas por una cara con la esperanza de encontrar alguna luz que iluminara la incertidumbre que el viaje a Salamanca me había creado. Hubiera sido demasiada casualidad toparme con alguna respuesta. Don Claudio exponía en absoluto desorden notas acerca de la vida de los primeros cristianos, presentaba fechas inconexas y nombres que jamás había leído o escuchado, incluso se había permitido el lujo de pegar dos fotografías en la segunda hoja que parecían mostrar el interior de una caverna llena de pinturas simbólicas. Muchos de aquellos signos eran desconocidos para mí y también para Goretti, que se cansó de observar cómo leía unos papelotes sucios y arrugados y fue cogiéndolos según los soltaba yo sobre la mesa. La verdad es que mis ojos iban demasiado rápidos para haber podido reparar en algún detalle de importancia. Mi alumna, que vestía unos pantalones tan ajustados que, de tener varices, hubiera podido contarlas una a una, se lo tomaba con más calma y descubrió que aquel par de fotografías estaban hechas en una catacumba cristiana del siglo II, aunque no especificaba dónde.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté extrañado por su sabiduría.

—Está escrito justo debajo de cada foto —explicó sonriente, como dando a entender que, o el único tonto en la habitación era yo, o que debía dejar de recorrerle el cuerpo con la mirada cada quince segundos y centrarme en las hojas.

Tomé el papel y examiné el texto con detenimiento. Efectivamente, las dos imágenes —tomadas seguramente por el propio jesuita— pertenecían a uno de los mil y un corredores que los primeros cristianos excavaron bajo la tierra para enterrar a sus muertos, rezar a su Dios y esconderse de los leones de los circos. La pluma de don Claudio contaba a grandes rasgos cómo los terrenos donde se edificaron habían sido cedidos por familias ricas de la época. A modo de compensación, los laberintos llevarían su nombre. La decoración estaba acorde con el arte pagano aunque, con el tiempo, aparecieron algunos símbolos bíblicos. Las primeras imágenes de Cristo y la Virgen eran del siglo II. Las inscripciones hechas en la roca eran muy sencillas. Si se trataba de una tumba, aparecía el nombre del difunto, su edad y algún dato sobre su vida. También había mensajes entre familias y relatos muy escuetos de acontecimientos coetáneos. Por último, el jesuita enumeraba una larga serie de catacumbas repartidas por Roma, gran parte de Italia, Alejandría, Malta, norte de África... pero en ningún párrafo

explicaba a cuál de ellas pertenecían las dos fotografías que encabezaban la página, quizá porque era la última de las dos que me llevé junto con su Biblia. Al menos, la frase que rellenaba las últimas líneas parecía algo más significativa: *“Se tiene presente a los que no olvidan a Judas, que siempre tratan de que las monedas señalen por dónde no se debe continuar haciendo camino”*. ¿Se refería a los Iscariotes? ¿Quién tenía presente a los que no olvidaban a Judas? ¿De qué monedas hablaba, de las treinta monedas de plata? Resultaba imposible admitir que la paga de la traición continuara existiendo doscientos años después.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza, y la única satisfacción que pude hallar entre tanta barbaridad fue el reencuentro con mi loco amigo.

—¿Tiene esto algo que ver con el absurdo encargo que me hizo hace diez días? —me preguntó Goretta haciéndome volver en mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en la primera línea de la primera página vuelve a repetir el nombre de los Iscariotes —afirmó sin entusiasmo.

Revolví la mesa en busca de los papeles pero no pude encontrarlos. Luego dirigí la mirada hacia mi alumna. Sus manos alargadas sostenían la primera hoja, mostrándome con su dedo índice la frase a la que se había referido: *“...con lo que se demuestra que los Iscariotes circulaban muy cerca de sus objetivos, y así lo plasmaron como advertencia a generaciones venideras”*.

No eran más que palabras pertenecientes, a buen seguro, a una larga disquisición. Lo único que me aclaraban era que aquellas dos páginas eran parte de un borrador que el viejo había hecho antes de redactar su historia en el cuadernillo.

—¿Quiénes son esos... Iscariotes?

Goretta me había vuelto a quitar la hoja de las manos y yo no me atrevía a revelar lo que pensaba, que eran imaginaciones de un monomaniaco que comenzaban a molestarme porque dejaban entrever que podía haber algo más detrás de tanta fantasía. Finalmente, y aunque temía que la muchacha terminara por reírse de mí, le conté toda la historia desde el día de la muerte de don Claudio hasta el redescubrimiento que ella acababa de protagonizar.

—¡Fantástico! —exclamó cuando di por finalizado el relato—. Tenemos que continuar la investigación —dijo entusiasmada.

—¿Tenemos? —me extrañé.

—Por supuesto. ¿Quién mejor que yo para ayudarle en su trabajo?

—Cualquiera puede ser mejor que tú —le respondí con el peor tono que encontré en mi repertorio.

—No lo dudo, pero nadie se creerá esta ristra de tonterías. Al menos, puede contar con alguien que se ha tragado esa historia —argumentó con decisión pero sin dejar de lado su alegría por colaborar conmigo.

—El problema es que ni siquiera yo me la creo.

—Recuerde que fui yo quien consiguió encontrar el libro de Antonio de Ameugny.

—No fue tan difícil. Lo tenías muy cerca. Estoy convencido de que don Claudio lo tomó como referencia para una novela de las suyas.

—Pero... era su amigo, y no me extrañaría que le debiera más de un favor. ¿Qué mejor que desvelar el misterio para quedar en paz con él?

—¿Qué misterio? —le dije mientras me levantaba—. Con un loco en mi vida he tenido bastante. No quiero una aprendiz de aventurera a mi lado.

La insistencia de la joven era abrumadora. Tengo que confesar que llegué a pensar que la muchacha tenía arte y parte en aquella fantasía. También sospeché que quisiera obtener una buena nota a final de curso y pensara —¡pobre ilusa!— que aquella era una buena manera de conseguirla. Descartando esta última posibilidad y centrándome en la primera, cedí ante su empuje y volví a sentarme dispuesto a escuchar sus argumentos por algunos minutos más. A medida que pasó el tiempo me demostró que ella no tenía nada que ver con Iscariotes o catacumbas, que su única motivación había sido su afán por investigar un hecho en el que creyó desde un principio, muy al contrario que yo, que seguí siendo escéptico hasta que me golpeé de narices contra la evidencia, una evidencia que dormía desde hacía siglos en lo que debieron ser los antiguos comedores de la abadía de Cluny.

—Al fin y al cabo, si no llega a ser por ti, nunca hubiéramos sabido que hay un libro que habla de los Iscariotes —le confesé predispuerto a oír un sin fin de razones para proseguir tirando del hilo de una madeja que yo juraba no existía.

—Por eso mismo quiero seguir investigando.

—¿Y por qué crees que, de necesitar a alguien que me ayude, voy a elegirte a ti?

No pensó la respuesta más de tres segundos.

—Porque soy capaz de traducir el latín tan bien como usted, porque me creo la historia de su amigo... y porque no tiene a nadie más que se la crea.

Había sido contundente, tajante, aunque no sabía lo que había dicho cuando afirmó aquello de traducir las lenguas muertas igual que yo —modestia aparte—, pero tengo que reconocer que en el resto tenía toda la razón.

—¿Qué ocurrirá con tu doctorado?

—No me importa lo más mínimo. Siempre he soñado con saber qué se siente cuando alguien se adentra en una parte de la Historia que nadie ha tocado jamás.

—Muy romántico, pero la investigación, en general, deja bastante que desear. Suele ser muy desagradecida, y te lo digo yo, que cada vez que he desvelado algún misterio me han partido la cara.

Me refería a mi descubrimiento de la vida monacal y a Lucía, a su embarazo, a mi divorcio, a mi cátedra de Ética y a otras tantas cosas que desilusionan infinito cuando se les quita el lazo y el envoltorio de celofán.

—Prefiero arriesgarme.

—¿Y por dónde pretendes continuar? —le pregunté desafiante.

—¡Está claro! —respondió con cierto aire de misterio—. Tenemos que ir a Cluny.

CAPITULO III

Siempre me ha gustado viajar en avión porque sé que jamás podré coincidir en un vuelo con Lucía. A ella le aterran las alturas, aunque no le importó quedarse con mi piso en una décima planta en pleno Paseo de la Habana. Debo reconocer que las condiciones del divorcio fueron bastante ecuánimes: ella se quedaba con todo y yo con idéntica cantidad de patadas en el estómago. Tendría que haber hecho lo mismo que cualquier emperador romano: una vez cansado de pasarme a mi mujer por la piedra, hacer otro tanto con la de afilar y así tener su cabeza adornando el salón.

Recuerdo que se me ocurrió aquella magnífica idea volando con Goretti hacia Lyon. Repasábamos las notas que había tomado en Salamanca mientras los constantes baches provocaban maremos en las tazas de café. Teníamos mucha ilusión por ver el libro atribuido a Antonio de Ameugny, además de que alguien pudiera ratificarnos que el fraile había sido un historiador serio y no un paranoico de la talla de don Claudio, por otra parte, inigualable. Si nuestras expectativas se veían satisfechas, aquella búsqueda iba a resultar de lo más laboriosa. Ignoro lo que pensaba mi alumna pero, en realidad, yo rezaba para que Antonio de Ameugny hubiera pasado parte de su vida atado a un poste y con un cencerro al cuello. Siendo así, su obra quedaría en entredicho y dejaríamos de buscar setas como un par de niños.

Aterrizamos en Lyon cerca del mediodía y un tren nos llevó hasta Mâcon, donde tomamos un autobús de línea que nos dejó en Cluny. Varios kilómetros antes de llegar a nuestro destino pudimos observar la impresionante torre octogonal de la abadía, una de las dos que tuvo en su día y que hoy queda como único recuerdo de su esplendor. Nos impresionó su altura, aunque más tarde quedamos atónitos al saber que no era sino un pequeño adorno de una mucho mayor. Sin despertar de aquel sueño en ruinas, dejamos el equipaje en una coqueta casa de huéspedes que había muy cerca del ayuntamiento. Tenía toda la fachada recubierta de hiedra que su dueña cuidaba con especial dedicación. ¡Y ya podía hacerlo, porque nos cobró lo mismo que si nos hubiésemos alojado en un hotel de lujo! Al

menos, las habitaciones eran grandes y estaban limpias. La mía miraba a la plaza mayor, justo frente a la entrada de la abadía. La de Goretti daba a la parte de atrás, a un pequeño patio tranquilo y adornado con macetas sin flores. La muchacha no estaba muy de acuerdo con tal distinción y estuvo discutiendo con la anfitriona durante algunos minutos antes de dar la batalla por perdida.

—Es una imbécil —me dijo cuando finalizó la escaramuza.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté aún sin poder creerme que hablara un francés tan fluido. No sé si lo hacía correctamente porque yo no sé una sola palabra.

—Cree que si me da la otra habitación que mira a la plaza, la que está al lado de la suya, el pueblo pensará mal.

—Es una imbécil —sentencié mirando a la mujer.

La dueña no nos entendió o no quiso hacerlo. Al fin y al cabo, iba a llenarse el bolsillo de una buena cantidad de francos provenientes de dos españoles, una victoria que no estaba de más. Pero no le reprocho nada. Tenía la mejor vista de toda la casa y la señora cocinaba como los ángeles. Goretti era joven y, además, su bolsillo no había sufrido el cambio de moneda. Lo cierto era que el mío también estaba intacto ya que había sacado los fondos del presupuesto de mi departamento, que para eso están. Si no, ¿cómo iba yo a disponer de dinero suficiente para costear el viaje tan alegremente? Esos pocos cientos de miles de pesetas iban a criar gusanos en la cuenta corriente del banco y eso me remordía la conciencia. ¿Qué mejor uso que el que le estábamos dando? Por otra parte, me acuerdo que pensé que después de la implantación del euro como moneda única en media Europa, la forma de hacer negocios cambiaría, que nadie ganaría nada con el cambio de divisa, pero está claro que viéndolo desde la distancia —y desde la ignorancia que yo tenía por aquel entonces— me equivoqué.

Antes de comenzar a trabajar, durante un paseo por el pueblo, saboreamos las delicias de los comerciantes franceses. Desde luego, la repostería del país galo es una de las mejores del planeta, no así la educación de sus dependientes, que no tardaron en atendernos de malas formas en cuanto notaban que éramos extranjeros.

El portero de la abadía, un hombre que de puro viejo estaba mal enterrado, se negó en rotundo a dejarnos pasar sin pagar la entrada. Tratamos por todos los medios de acreditarnos como profesor y estudiante para que, como mal menor, nos hiciera una rebaja, pero el francés parecía no entender los argumentos de mi joven alumna. No tuve más remedio que abrir la cartera y dejarle un billete sobre el mostrador de un manotazo. Con una parsimonia desesperante, cortó las entradas y las dejó caer al suelo en respuesta a mi incorrección. No le escupí a la cara porque podría haberlo matado. Estaba tan decrepito que cualquier impacto lo hubiera enviado derecho al cubo de la basura. ¡Francia! Hay que reconocer que es un país muy hermoso cuando uno no topa con sus habitantes. No me molestaría ese chovinismo y prepotencia si no lo llevaran como bandera en lo alto de la cornamenta, y aquel portero

era todo un ciervo. Por eso mismo, recogí las entradas del suelo y nos alejamos hacia el interior mientras canturreaba nuestro himno nacional.

La abadía tenía que haber sido una maravilla arquitectónica a juzgar por la cantidad de estilos que pude reconocer mientras caminábamos hacia el antiguo refectorio, hoy convertido en biblioteca. Lástima que, tal y como nos explicó el joven que se hacía cargo de la gran sala abarrotada de estanterías, sólo quedara en pie una décima parte del edificio original. Aquella macedonia de formas no era sino el resultado de varias y constantes ampliaciones. En apenas un metro de muro pude encontrar en perfecto matrimonio arcos de medio punto, arcos peraltados, arcos apuntados... y no me hubiera sorprendido —aunque no pude ver ninguno— que hubiera existido alguno lobulado. Luego continuó hablándonos de la historia de la abadía, de cómo Carlomagno había donado la villa de Cluny a la ciudad de Mâcon en el año 802, y de cómo un siglo después, en el año 910, la orden de San Benito se instaló en el monasterio convirtiéndose en el más firme pilar para la reforma de la Iglesia. Era en aquel tiempo cuando el Papa y el emperador sostenían una fuerte lucha por el poder ya que, hasta ese momento, poder temporal y espiritual recaían prácticamente en las mismas manos. La abadía de Cluny y más de un millar de monasterios que estaban bajo su control, fueron fundamentales a la hora de lograr la independencia de la Iglesia del poder político. De hecho, muchos papas salieron de entre aquellas paredes siguiendo una sola línea de actuación: dar a Dios lo que era de Dios y al emperador dos duros de propina. Desde un principio, y para evitar que los señores feudales y parte de la nobleza accedieran a cargos eclesiásticos previo pago de fuertes sumas de dinero, eliminaron la simonía pudiéndose hacer carrera dentro de la Iglesia sólo desde el principio. El abad tenía poder absoluto sobre el resto de monasterios y nombraba personalmente a los priores de las casas adscritas a la orden. Era así que, siempre bajo la única tutela del Papa, restauraron la regularidad dentro de la orden monástica. Muchos de sus monjes fueron también escogidos para realizar reformas innovadoras, para dedicarse a la enseñanza en una sola dirección, para organizar peregrinaciones, para estudiar, copiar y escribir, suprimiéndose los trabajos manuales, el cultivo de la tierra y otras labores más mundanas.

Antonio de Ameugny regresó de inmediato a mis labios en cuanto escuché aquellas palabras. Me faltó tiempo para decirle a Goretta que preguntara al bibliotecario por él. Quedó pensativo antes de responder que había sido un fraile benedictino de finales del siglo X que estuvo de paso durante algún tiempo en Cluny, pero que, en realidad, pertenecía al monasterio de la aldea cercana de Ameugny, a unos diez kilómetros de allí. Nos interesamos por el libro que presuntamente se le atribuía, pero dijo no saber nada. Tras darle a conocer los pocos datos de los que disponíamos, el joven pareció recordar la obra y afirmó tenerla en la biblioteca. Nos dijo que no se conocía su título aunque, por motivos de clasificación, él mismo la había llamado “Crónica ridícula del siglo IV”.

“Su gozo en un pozo”. Me refería a Goretti, que era, de los dos, la que estaba más convencida de su autenticidad. La joven hizo de tripas corazón por no arrancar los ojos al francés y le pidió el libro.

—Lo siento. Necesitan una autorización de la Secretaría de la Cultura Francesa.

Goretti me lo tradujo a mí y yo me cagué en los hijos de la patria varias veces antes de controlar mi ira. La muchacha intentó en vano que nos permitiera ver la obra, pero el bibliotecario no cedió en su negativa. Luego nos aclaró que, al tratarse de un catedrático español —al menos tuvo el detalle de leer mi documentación— bastaría con pedir permiso al Museo de la Abadía de Cluny en París, órgano que se encargaba de administrar las ruinas del edificio y la pequeña exposición que albergaba en su interior. El beneplácito no tardaría más que unas horas, las precisas en redactar una carta, enviarla por correo electrónico y esperar respuesta.

Goretti se puso manos a la obra mientras yo me comía las uñas y reflexionaba acerca de la diferentes culturas española y francesa. Si aquella grotesca situación se representara en cualquier pueblecito de Castilla, al guardés de la ermita de Santa Fulanita se le habrían caído los pantalones con tan sólo darse de morros con alguien bien vestido que hablara una lengua que no conociera. Por supuesto, ni le hubiera pedido acreditación ni solicitado permiso a su madre, contando que, de verse obligado a ello, lo hubiera tenido que hacer a golpe de cuerno y tambor porque el teléfono público del ayuntamiento llevaba un mes estropeado. ¡Y no digamos nada de usar un fax, un teléfono móvil o enviar un *e-mail*! El pobre hombre habría abierto las puertas de la ermita de par en par entre reverencias mientras el personaje en cuestión, un ladrón belga a escala internacional, se preparaba para llenar la camioneta de lo poco de valor que Santa Fulanita aún guardaba dentro de sus muros. ¡País! No sé si es mejor ser tan ignorante o dedicarte a tocar los menudillos a los extranjeros.

El bibliotecario repasó —y corrigió entre gestos irónicos— la carta que Goretti había redactado en el ordenador antes de apretar el “Intro” del teclado y que en la pantalla apareciera un intermitente “*sending*”. Mientras esperábamos la respuesta y me fumaba hasta los bolígrafos, salimos a la plaza para tomar un café con leche y deleitarnos nuevamente con las delicadas formas de los camareros. Los dos sabíamos que, casi con total seguridad, Antonio de Ameugny había donado sus cromosomas a don Claudio para inventar la historia que contenía el cuadernillo robado. Lo que nos intrigaba era por qué se lo habían llevado de su celda. De todos modos, el cuento no era apto ni para los más inocentes, aunque algo debía tener en su interior para que el robo se hubiera producido con tal rapidez. Goretti imaginó varias historias de espías muy graciosas, si bien la más absurda era que, entre sus páginas, el jesuita había olvidado un montón de billetes y la portera del convento, como buena cotilla, había volado con el tesoro. Ignoraba que el viejo no tenía donde caerse muerto —aparte de su butaca de terciopelo rojo— y que jamás había visto más de dos o tres billetes juntos. Eso me hizo recordar a Lucía. Ella sí era capaz de revolver Roma con Santiago por hacerse con una peseta —pronto tendría que pensar en euros—.

Así, al menos, me lo demostró al separarnos. Su abogado me lo corroboró cuando se puso el parche en el ojo, se ajustó la pata de palo y saltó —cuchillo entre los dientes— al abordaje de mis posesiones. El resultado sólo podía ser uno para mí: la puta calle. Al mismo sitio nos íbamos a ir si por culpa de Antonio de Ameugny, el decanato descubría que estaba utilizando los fondos del departamento para un viaje privado ¡y con una alumna!

Regresamos a la abadía pasada una hora con la esperanza de haber sorteado aquel obstáculo y que el museo de París nos permitiera pasar las páginas de aquella “Crónica ridícula”. El bibliotecario, al vernos entrar, nos recibió con una sonrisa. Yo no sabía si pensar que nos iba a dar una buena noticia o que se estaba carcajeando de dos tercermundistas pedigüeños a los que nadie hacía el menor caso. Gracias a Dios, el permiso había llegado y el joven, todo diligente, ya tenía preparado el libro sobre uno de los pupitres del final de la sala.

—Así estarán más tranquilos —me tradujo Gorette después de que él le hiciera un insinuante guiño.

—Siempre pensando en lo único, gilipollas reprimido —le respondí en un perfecto castellano.

Por supuesto, ni él me entendió ni yo hice nada por hacerme entender. Es lo bueno de tener intérprete en una sola dirección.

Allí lo teníamos. Era un libro pequeño, del tamaño de una cuartilla. Estaba mal conservado, casi sin lomo y sin tapas, con apenas cuarenta páginas a medio pudrir, de un color gris amarillento que presagiaba un final inmediato si no se daban prisa en restaurarlo. Estaba escrito en “latín bajo”, o lo que era lo mismo, en un latín enfermo de muerte antes de convertirse en un dialecto que luego daría lugar al francés. Faltaba la primera hoja, de ahí que no se supiera ni su título ni su autor. Pasada esa inexistente página, Antonio de Ameugny —o quien demonios fuera— entraba de lleno en el asunto que le ocupaba: la proclama del edicto de Milán. Comenzaba con una disquisición histórica acerca del mandato de Constantino que nos llevó traducirlo aquella tarde y parte de la mañana siguiente. Luego pasamos al segundo capítulo, aquel que yo había visto fotocopiado en la celda de mi amigo. Mi memoria no fallaba y el fraile empezaba el texto con la misma frase que mi mente había atrapado días atrás: *“Los Iscariotes en la firma del edicto de Milán”*. La interpretación no dejaba lugar a dudas. Gorette se me había revelado como una excelente traductora y coincidió conmigo en que la afirmación no tenía vuelta de hoja, a no ser que ésta fuera la que faltaba al principio y rezara algo parecido a un título singular: *“Tremenda fanfarronada parida bajo los efectos del alcohol sobre los acontecimientos que tuvieron lugar durante el siglo IV, Constantino y su edicto del carajo”*. Desde luego, el tono con que la había escrito —concedámosle de una vez la autoría de la obra al tal Antonio de Ameugny— no parecía estar bromeando. Comenzaba hablando de la situación política de aquel año 313. Constantino se había aliado con Licinio, sucesor de Diocleciano en el imperio de Oriente, para dejar a los cristianos circular

libremente y que pudieran celebrar sus ritos sin servir de alpiste a las bestias de África. Según el autor, el edicto no se proclamó en la ciudad de Milán como reza su nombre, sino en la propia Roma. La razón que ofrece Antonio de Ameugny me pareció inverosímil aunque hoy puedo dar fe de que es cierta. Tanto Constantino como Licinio, profesaban una religión monoteísta en la que el sol era el único dios y señor. Es por ello que, estando tan prohibida como la entonces secta cristiana, decidieron dar por finalizada la persecución y, aún más, unirla fuertemente al poder político. Galerio había masacrado a los proscritos durante los últimos diez años y, como siempre que ocurren este tipo de acciones del Estado contra un segmento del pueblo, el cristianismo había cobrado más fuerza si cabía. Pero Galerio estaba muerto y el emperador pensó aquello de “si no puedes con tu enemigo, únete a él”. Le faltó tiempo para ponerlo en práctica. El edicto tenía que haber sido proclamado algunos días después de la muerte de Magencio, última barrera que Constantino tenía para sus propósitos, pero se retrasó varios meses. La causa, según el autor, radicó en la conjura que los Iscariotes, “*gente de malas artes en contra del Imperio y Nuestro Señor*”, planearon para acabar con el propósito del emperador y, de ese modo, continuar con la persecución de los cristianos. El propio Galerio había sido uno de sus cabecillas y su muerte no supuso más que un pequeño reajuste en la cúpula de poder del grupo subversivo antes de continuar con sus maniobras. Los intentos de destituir al emperador se sucedieron pero resultaron siempre infructuosos.

Fue entonces, al final de un párrafo de la obra de Antonio de Ameugny, cuando encontramos la siguiente afirmación: “*Por aquel entonces, de todos es sabido que la Hermandad de Barsabá se había instalado en Milán, colaborando con astucia y eficacia en las misiones que les habían sido encomendadas. Fue por ello que Constantino decidió unir el nombre de la ciudad al del edicto, para así tener siempre presente que, a pesar de las dificultades, el cristianismo había triunfado aún sosteniendo una dura batalla difícil de vencer*”.

Quedamos absortos ante tales palabras. ¿Qué era aquella Hermandad de Barsabá y quiénes la formaban? Goretti, después de mucho meditar, consideró que se refería a los Iscariotes, pero el texto era demasiado ambiguo para aceptar su opinión o tomarla por su sentido inverso. No era la primera vez que la Historia premiaba las atrocidades de ciertos acontecimientos dándoles su nombre. La Hermandad de Barsabá podía ser una facción de los Iscariotes, la más dura y radical de todas.

La discusión con mi alumna no iba a tener un vencedor ya que el texto no volvía a hacer referencia ni a los Iscariotes ni a la Hermandad de Barsabá hasta mucho más adelante —cosa que ignorábamos—. Tanto ella como yo nos quedamos con tres palmos de narices ya que aquella “Crónica ridícula” no dedicaba más que unas líneas al asunto que nos interesaba. Sentí que habíamos perdido el tiempo y no el dinero, que no era nuestro. Aún así, Antonio de Ameugny sí hablaba de los Iscariotes como si fuera un hecho más que probado, omitiendo cualquier explicación histórica sobre el grupo al

darla por sabida. Entre aquellas líneas no se desvelaba ningún misterio aunque continuara relatando los acontecimientos que se sucedieron en años posteriores. La traducción de la crónica nos condujo por un tortuoso camino hasta conocer la muerte de Licinio. En un principio, se había aliado con Constantino, aunque sólo un año más tarde le declarara la guerra. El insurrecto perdió varias provincias del territorio que controlaba y decidió reconciliarse con el Máximo Augusto. Poco más tarde, Constantino se encargó de eliminarle definitivamente. Antonio de Ameugny insinúa que el difunto podía haber pertenecido a los Iscariotes, realizando una maniobra que se resumía en acercarse al emperador, ganar su confianza y, una vez conseguida, dar un golpe de Estado eliminando su edicto y emprendiéndola de nuevo con los cristianos. Según el autor, Constantino advirtió la jugada y le procuró un afeitado apurando las cuchillas hasta el gahate. Aún así, recuerda que el emperador *“no recorría con demasiada frecuencia ni dedicación los pasos de Cristo”*, por lo que, ya en su lecho de muerte, tuvo que ser el obispo de Constantinopla, Eusebio de Nicomedia, quien le obligara a bautizarse. Unos años antes, en el 325, las dos corrientes contrarias que los cristianos sostenían, tuvieron que verse las caras en el concilio de Nicea. Marcelo de Ancira, uno de los doscientos obispos que acudieron a tirarse los trastos a la cabeza, luchaba contra las ideas de Arrio, que sostenía que Jesucristo no era Dios siendo tan sólo un profeta. Según Antonio de Ameugny, Arrio se carteaba con frecuencia con Eusebio de Nicomedia, lo que hace pensar al autor que el obispo tampoco era trigo limpio ya que fue depuesto a raíz del concilio. Se sospechaba que había sido colaborador de Licinio y éste, según el autor, era un Iscariote. Tuvo que ser el propio Constantino quien, extrañamente, le perdonara y le permitiera estar a su lado hasta su muerte. Todos estos acontecimientos hacen reflexionar a Antonio de Ameugny. Resuelve la situación pensando que los Iscariotes no terminan su existencia con la proclama del edicto de Milán, sino que continúan actuando también después, incluso introduciéndose en un concilio para tratar de imponer sus teorías. Para el autor, Arrio también era un Iscariote *“ya que sus propósitos eran contrarios a Dios y al Emperador, que es elegido por Nuestro Señor desde los cielos, y así puede proyectar su voluntad en la tierra”*.

La traducción de la “Crónica ridícula” nos retuvo en Cluny tres días y no sacamos demasiadas conclusiones. Antes de desaparecer de la abadía tratamos de sintetizar la información que habíamos obtenido. Lo cierto era que sabíamos que don Claudio no se había sacado la fotocopia del libro de debajo de la sotana. Tampoco teníamos dudas acerca de la posible existencia de los Iscariotes, y digo “posible” ya que, después de aquella visita a la abadía de Cluny, yo seguía sin estar muy convencido y Goretti había dejado su ilusión un tanto de lado. Antonio de Ameugny no desvelaba si el grupo se había extinguido a partir del concilio de Nicea o continuó operando, mientras que don Claudio sostenía que, casi en pleno siglo XXI, los Iscariotes seguían vivos. Lo más importante de todo era que no sabíamos por dónde continuar la investigación. No había más pasos que dar.

La despedida del bibliotecario resultó ser un reencuentro con nuestra investigación. Durante aquellos tres días en el pueblo, el joven no había cesado de derretirse mirando los pantalones ajustados de mi alumna. Siempre que hacíamos un descanso, el muchacho nos traía un café con leche, quizá para que no tuviéramos que toparnos con los camareros de la plaza. Aquella hospitalidad estaba compensada desde el momento en que sus ojos se zambullían en el escote de Goretti para después ir patinando lentamente cuerpo abajo. No sé —ni me importa— si llegó a hacerle una visita nocturna a la habitación que daba al pequeño patio, pero estoy seguro de que lo deseaba ardientemente. Fue al darnos por vencidos y desistir en nuestra misión cuando el joven se olvidó de la dictadura que le imponía su bajo vientre y curvó sus intereses hacia algo más frío. Tras darnos la mano —a ella también le dio tres besos— nos preguntó por el resultado de nuestro cometido. Goretti, que para eso sigue siendo demasiado impulsiva y carente de discreción, no tuvo inconveniente en ir relatándole el misterio que perseguíamos. Entonces, saltó la sorpresa. Aquel francés, que parecía sólo pensar en acostarse con mi alumna y apenas había abierto la boca para algo que no fueran palabras dulces, dijo conocer la existencia de la Hermandad de Barsabá.

—¡Maldito granuja! —exclamé cuando Goretti me lo tradujo—. ¡Y parecía tan calladito!

Debió entenderme porque su gesto pasó de la sorpresa al desagrado en una fracción de segundo. Por otro lado, su chovinismo y arrogancia le hicieron fanfarronear a la hora de hacer memoria. Después de algunos segundos de silencio que recuerdo como toda una vida, el muchacho nos habló de su antecesor en el puesto de bibliotecario. Al parecer, se trataba de un anciano que había dedicado más de cincuenta años a pasearse entre medias de aquellas estanterías. El pobre hombre había muerto hacía unos pocos meses, pero él tuvo tiempo de conocerle bien mientras le enseñaba cómo manejar aquel montón de libros milenarios. René Bardeau, que así se llamaba, fue un auténtico experto en la historia de la abadía. Solía contarle leyendas —unas veces ciertas, otras no se ha podido comprobar su veracidad— referentes a la vida intramuros hasta que los monjes la abandonaron durante la Revolución Francesa. El joven nos habló del apogeo de la abadía en el siglo XII y de cómo se sucedieron varias intrigas en la cúpula de poder para llevar las riendas de las mil y pico casas o monasterios que estaban adscritos a la orden. El abad debía escoger muy bien a su mano derecha y a sus contactos en Roma si no quería que el Papa terminara por escuchar consejos contrarios a su persona y le nombrara un sucesor de la noche a la mañana. Surgió entonces una facción de monjes que mantenía un régimen al margen de la orden principal. Nos iba relatando aquella historia mientras rebuscaba entre una veintena de pilas de libros que había amontonados en una habitación anexa al antiguo refectorio. Aquel grupo de benedictinos, al que René Bardeau siempre se refirió como la Hermandad de Barsabá, se dedicó a vigilar el camino de Santiago desde Saint-Jean Pied de Port, pasando por Roncesvalles, hasta la ciudad gallega, manteniendo una red eficaz de “agentes” —él joven los llamó así— que actuaban a lo largo de

más de mil kilómetros. Le pregunté si podían tener relación con los Iscariotes pero dijo no saber nada. De hecho, en aquella habitación desordenada, estaba buscando un libro aún sin clasificar donde el viejo había leído parte de aquella historia. Se trataba, según nos aclaró, de un ejemplar del siglo XVIII del que no recordaba el autor y que sólo había visto una vez hacía mucho tiempo. Trató en vano de encontrarlo durante más de una hora, prometiéndonos, después de darse por vencido, que se pondría en contacto con nosotros en cuanto diera con él.

Abandonamos Cluny más confusos que cuando llegamos allí. No sólo no sabíamos mucho más de los Iscariotes, sino que ahora aparecía en escena una extraña hermandad dispuesta a liarnos la madeja. Mientras volábamos hacia Madrid, resumimos nuestra información advirtiéndole que Antonio de Ameugny daba por descontado la existencia de los Iscariotes, incluso sumergía a varios de sus miembros en las altas esferas políticas y religiosas del siglo IV. Por otro lado, el edicto de Milán obtenía su nombre gracias a una hermandad la cual, según el bibliotecario y su viejo predecesor René Bardeau, volvía a aparecer en una obra escrita ochocientos años después. No sabíamos si don Claudio ya había recorrido los pasos que entonces Goretti y yo dábamos con palos de ciego, pero lo cierto era que nuestra investigación se iba complicando, aspecto que, por otro lado, hacía desanimarse a mi alumna, todo lo contrario que me ocurría a mí, que me remordía las entrañas y la conciencia para seguir tirando del hilo. Por todo ello, decidí dejar los apuntes que habíamos tomado en mi despacho de la facultad y trasladarnos a Santiago de Compostela para ver qué podíamos sacar en claro acerca de la historia del Camino.

* * *

Antes de continuar con el cuento de hadas, voy a hacer un inciso para empezar uno de brujas. Y es que Lucía apareció en mi despacho en el mismo instante en que lo hacíamos Goretti y yo. Quiero dar algunos apuntes de cómo surgió aquel exquisito odio entre los dos, consecuencia, sin duda, de los celos que siempre ha tenido y de mi pasión por todo lo desapasionado. Por aquel entonces, acabábamos de firmar nuestro divorcio, o lo que era lo mismo, mi total libertad y su permiso para matar. Me lo dijo el último día que estuvimos casados ante Dios y ante los hombres, y tuvo que elegir el momento de mi regreso desde Lyon para trasladarse hasta la facultad y repetírmelo: se había propuesto hacerme la vida imposible —no sabía que ya me la había hecho durante un montón de años— y la compañía de Goretti le ayudó en su determinación. Sus gritos pudieron escucharse en todas las aulas cercanas, e incluso intentó tirar de los pelos a mi alumna, que se defendió como pudo y no contestó a sus acusaciones de putón verbenero y otros insultos más propios de un camionero. Quiero hacer hincapié en este hecho porque hay que agradecerle —sin que sirva de precedente y sin que ella lo sepa— que nuestra huida

hacia Santiago fuera casi inmediata. No soy hombre que se sonroje fácilmente, pero las miradas que se estrellaron contra mí —sólo un par de centenares de estudiantes de periodismo— hicieron que toda la sangre de mi cuerpo corriera a acumularse en la cabeza. Por otro lado, aquellos habituales ataques de ira y celos sólo había podido aplacarlos el juez cuando emitió su sentencia, aunque, como podía observar, habían renacido de sus cenizas con más fuerza que antes. No quería ser el blanco del aquel ave Fénix y mucho menos del bote de lápices, la grapadora o cualquier otro objeto de mi escritorio que lanzaba contra los dos. Fue así que, con más miedo que otra cosa, bajamos las escaleras hacia el aparcamiento y salimos de la facultad en dos ruedas y haciendo chirriar los neumáticos. Entonces creí que me había librado de ella por una buena temporada pero siempre he sido un iluso.

Esa misma tarde, con el corazón todavía sobresaltado por los ataques de Lucía y un pequeño chichón en la frente por el golpe de una calculadora que logró hacer blanco, pusimos rumbo hacia Santiago de Compostela. Esta vez utilizamos mi coche ya que los fondos del departamento habían sufrido un descenso considerable gracias a la visita a la abadía de Cluny. Ni lo entendí entonces ni tampoco lo entiendo ahora —y esto es otro inciso— qué clase de vida llevaba mi joven alumna Gorette. Una muchacha con los veinticuatro o veinticinco años que tenía por aquellos días, debía tener algún tipo de control familiar. Mientras devorábamos kilómetros a velocidad considerable, me explicó que su padre era un liberal al que todo le parecía bien mientras no tocara las drogas. Su madre, por otro lado, se había dedicado tanto a escalar posiciones en la empresa para la que trabajaba que apenas le quedaba tiempo para otra cosa que no fuera dormir y preparar un nuevo asalto a la cumbre. Y ella, como buena hija única, estaba tan mimada que podía hacer lo que le viniera en gana.

—Y eso es lo que hago, doctor Calleja —me dijo como conclusión.

—Pero, ¿es que no te importa si se quedan preocupados por ti? —le pregunté.

—Me importa tanto como a ellos si yo me preocupo por sus problemas.

Siempre utilizaba aquellas frases lapidarias que no había por dónde cogerlas cuando se sentía acosada.

—Yo tengo una hija, eso sí, bastante más joven que tú. Ahora vive con su madre, esa víbora que has visto entrar en mi despacho y que casi te arranca la cabellera. Desde luego, duermo plácidamente por las noches, pero intento saber algo de su vida —le expliqué mientras tomábamos un café en el bar de una gasolinera y compraba cigarrillos—. Y a ella le pasa lo mismo. No creo —ni espero— que se pase las horas muertas pensando en su padre, pero me llama de vez en cuando para ver... ¿cómo me lo monto? —terminé dudando si aquel era el término que utilizaba la juventud para saber qué hacía cada cual con su tiempo.

—Pues ya puede darse con un canto en los dientes —volvió a sentenciar.

Más tarde caí en la cuenta —cuando entrábamos en Galicia— de que aquella niña pija que viajaba a mi lado seguramente disponía de más dinero que el presupuesto de mi departamento para los próximos diez años —y así me lo demostró unas horas después—. Mientras ella echaba una cabezadita, me dediqué a observarla por el rabillo del ojo para ver si podía sacar algo más de información, aunque sólo fuera por las apariencias, que ya sé que engañan, pero jamás mienten. Y, como era de esperar, tan sólo me quedé con un cuerpo con más curvas que una botella de Coca-Cola, unas largas pestañas, un rostro de rasgos finos y bien maquillados, y un montón de ropa cara para soportar la humedad gallega. Nada más, o lo que era lo mismo, nada de nada. Goretti dedicaba el mismo tiempo al cuidado de su imagen que horas tenía el día, aunque también le gustaba estudiar y, sobre todo, “el saber”, con mayúsculas. Siempre he pensado que para meterse en una biblioteca o encerrarse en una habitación a leer no hace falta hacer gimnasia tres veces por semana ni acicalarse igual que lo haría una princesa o la hija de un banquero, y si no, que me lo digan a mí, que llevo el mismo traje y la misma corbata desde hace una década. Pero Goretti parecía discrepar de aquella concepción de los años cincuenta. Para ella, según continuaba observándola, era tan importante el contenido de su cabeza como el envase, que, por cierto, no estaba nada mal. Una niña pija, ya lo decía yo, pero no estaba hueca.

Esta vez no nos dedicamos a buscar una casa de huéspedes y utilicé mis contactos para que nos hicieran un buen precio en un magnífico hotel. Fue entonces cuando ella desfundó una tarjeta de crédito —de esas doradas que sólo se ven en el cine— para dejar constancia de que éramos huéspedes solventes. ¡Lo sería ella, que manejaba más dinero del que yo había visto en toda mi vida! Tenía suficiente con no morirme de hambre después de pasar la mensualidad a Lucía. Por supuesto, nos dieron dos habitaciones, y bien separadas, tal y como le pedí al recepcionista en un momento en que ella se retiró para coger unos folletos del hotel y de la ciudad. Conseguí que nos alojaran en dos plantas distintas y eso me hizo feliz. La carne es débil y esa muchacha tenía el cuerpo con forma de anzuelo donde cualquier desaprensivo podía picar. Ciertamente era —y es— que yo ¡por fin! era libre, pero, después de la batalla de mi divorcio, resultaba ser demasiado temprano para transformarse en trucha e ir como un imbécil hacia los placeres culinarios. Mejor esperar a que la situación —y todo lo demás— se enfriara.

Santiago nos recibió con un auténtico “calabobos”, y nunca mejor dicho, porque éramos dos tontos de baba los que caminábamos aquella mañana de otoño hacia la universidad para visitar la biblioteca. Esta vez, y al contrario que en Cluny, mis credenciales fueron suficientes para que nos permitieran acceder a las salas y revolver todo lo que nos dio la gana. No llevábamos ni dos horas entre libros cuando escuché la explosión de una central nuclear a mis espaldas. La de Chernovil se quedó en un simple petardo de feria al lado de los gritos de Lucía que, ante mi sorpresa y el pánico de Goretti, había llegado hasta allí —Dios sabía cómo se había enterado— y nos estaba montando la escena en

mitad de los pupitres llenos de estudiantes. No sé si han experimentado alguna vez la sensación de querer que a uno se lo trague la tierra, o esa otra de “morir matando”, porque una mezcla de ambas fue lo que sentí cuando se me abalanzó por la espalda. Entre no pocos lugareños y uno de los empleados nos separaron, aunque no pudieron evitar que se quedara con algún mechón de mis cabellos al tiempo que sus gritos desahuciaban el silencio de la biblioteca. Varios minutos después aparecieron dos gorilas uniformados de una empresa de seguridad que se la llevaron pataleando. Luego, no volví a saber de ella, al menos durante algunos días. Recordé sus palabras el día anterior en el despacho de la facultad. Por lo visto —y sentido—, estaba dispuesta a no dejar títere con cabeza para hacer de mi vida un calvario de vergüenzas. ¡Allá ella con su conciencia!

—Y usted con su pelo, que ya le queda poco —me dijo Gorette antes de continuar con nuestro trabajo.

—Y desde hoy, aún menos. Seguro que terminará quemando el mechón que se ha llevado como trofeo.

Recogimos los libros que habíamos seleccionado de las estanterías para iniciar nuestras pesquisas y nos pusimos manos a la obra. Antes de zambullirnos entre páginas y bocetos, acordé con Gorette que me tuteara. Yo lo había hecho desde el principio con ella y ya no había razón aparente para guardar unas distancias tan educadas que, de puro protocolarias, olían mal. Eso sí, le prohibí terminantemente que me llamara por mi nombre de pila. Patricio sonaba a viejo y yo acababa de cumplir los cincuenta. Calleja sería suficiente para entendernos. Mi apellido es un tanto despectivo, pero a mi me gusta.

Jamás he leído tanto acerca del camino de Santiago como lo hice durante aquellos días. Nos interesaba conocer su historia en los alrededores del siglo XII, tiempo en el que supuestamente la facción de monjes de la abadía de Cluny operaba a lo largo de todo el camino. Antes de dar un salto de más de mil años, decidimos que no estaría de más comenzar tomando algunos datos de la vida del Apóstol y de cómo se instituyó la peregrinación a su tumba. Fue por ello que leímos el *Cronicón Iriense* y supimos que se conocía a Santiago por *Baanerges* (hijo del trueno), aunque no la razón de tal apodo. Al parecer y siempre según la tradición, había predicado en España regresando a su Palestina natal al dar por finalizada su labor evangelizadora. Una vez allí, fue decapitado por Herodes Agripa. Su cadáver fue trasladado a Galicia por algunos de sus discípulos, enterrándolo en un mausoleo al pie de Libredón. Las guerras hicieron que el lugar, ya de culto cristiano, quedara olvidado. Cerca de cumplirse el primer milenio, se descubrieron las reliquias que el propio obispo de Iria reconoció como las del Apóstol y las de sus discípulos Atanasio y Teodoro. El rey de León, Alfonso II, mandó erigir una muy modesta basílica que fue sustituida años más tarde por otra, algo mayor, que ordenó edificar Alfonso III. En el 997 ya se hablaba de milagros y el santuario cobraba fuerza.

Hasta ese momento, ni Goretti ni yo habíamos encontrado el menor indicio de la existencia de la organización de monjes de Cluny. Tras cientos de páginas pertenecientes a otros tantos libros, aterrizamos en el año 1179 en el que, después de que el Papa Calixto II instituyera la gracia del Año Santo Compostelano, anterior al romano, Alejandro III lo confirmara por la bula *Regis Aeterni*. Eran los años dorados de las peregrinaciones y Santiago de Compostela se convirtió en el santuario del mundo cristiano, superando en número de peregrinos a Roma y a Jerusalén. Todo tipo de personas acudían a la ciudad gallega, desde campesinos hasta reyes, sin olvidar a nobles y burgueses. Se hablaba de que era tal la multitud que acudía a visitar la tumba del santo que apenas quedaba un hueco libre en todo el camino. El número de relatos de viajeros a los que pudimos acceder fue impresionante, aunque la mayoría se perdían en apreciaciones espirituales y descripciones paisajísticas desde Roncesvalles hasta Santiago. Nadie decía nada sobre los monjes de Cluny a no ser que hicieran referencia a la importancia de la abadía y de cómo ésta organizaba un gran número de peregrinaciones tanto a Galicia como a Roma o a Tierra Santa.

Después de cuatro días y con los ojos hinchados de repasar tanto texto milenario escrito con tinta aguada, topamos con el diario de un acaudalado burgués que por el momento llamaremos Bernardo de Reims aunque, en realidad, aquel no era más que un sobrenombre y el peregrino era un alemán afincado en Francia. En un principio, y con el ánimo quemado por tal cantidad de fracasos, tanto Goretti como yo estábamos convencidos de que se trataba de un relato como tantos otros, pero el de Reims nos hizo temblar cuando cerca del final, en una frase que, al parecer, no tenía demasiada conjunción con el resto del texto, transmitía su miedo ante los asaltos que muchos de los viajeros con los que se cruzaba, decían haber sufrido durante el camino. Varios párrafos después y tras encomendarse a Dios y a su suerte, acusaba a los delincuentes de caminos como personas contrarias a la Iglesia y a sus mandamientos. Como conclusión a aquellas acusaciones, soltó una bomba que hizo que nuestros corazones se agitaran: *“Es del todo impensable que incluso la vida del Apóstol pudiera haber estado cerca del abismo por culpa del traidor y los Iscariotes. Pero aún es más alarmante lo que tratan de hacer hoy para conseguir su demoníaco propósito. Ruego a Dios para que se ponga fin a esta lucha sin sentido y por ello, al calor de mi hogar, intentaré ayudar en la lucha tal y como me ordenan mis convicciones y me pide Nuestro Señor”*.

Allí estaban los Iscariotes, desafiando el paso de los años como si utilizaran crema para el cutis. Lo peor de todo es que nosotros íbamos en busca de la Hermandad de Barsabá y, como en un laberinto, nos encontrábamos con los Iscariotes del demonio casi a las primeras de cambio. Bernardo de Reims no decía ni una sola palabra acerca de los de Barsabá, ni siquiera de la abadía de Cluny, pero se refería a los Iscariotes como si los conociera de toda la vida. Reconozco que, durante los días que duró nuestra estancia en Santiago, mi joven alumna y yo sólo comimos pescado ya que nuestro nivel de fósforo

descendía peligrosamente cada minuto que pasábamos en la biblioteca. Siempre he sido un hombre bastante lógico y metódico a la hora de enfrentarme al análisis de un problema, pero aquello era una trama difícil de descomponer. No sabíamos si la Hermandad de Barsabá podía tener relación con los Iscariotes. Ya en Cluny, cuando el bibliotecario nos habló de ella, la duda empapó nuestros pensamientos. Ahora los había ahogado. Tampoco supimos quién era aquel Bernardo de Reims —quizá fuera un antepasado de don Claudio— pero lo cierto era que hacía referencia a los traidores y que, ante nuestra sorpresa, aquello confirmaba que el jesuita no se había sacado tal historia de la manga. Como mínimo, había tomado como referencia un misterio que mi cultura y mis estudios no lograban resolver. Por otro lado, el viejo loco podía tener razón y nosotros dos seguíamos su pista a partir de escasos puntos de apoyo, muy distantes entre sí y sin ninguna relación con algo que ya conociéramos.

Aclaremos nuestras mentes antes de regresar a Madrid considerando tres soluciones a la relación entre los Iscariotes y la Hermandad de Barsabá, hipótesis que, todo hay que decirlo, eran las únicas posibles. Ambos grupos podían ser, en primer lugar, contrarios en cuanto a su cometido, o ser el mismo con distintos nombres, o uno de ellos era una facción del otro. Por otro lado, el bibliotecario nos había dicho que la Hermandad había salido de los propios muros de la abadía, lo que nos inclinaba a pensar que era contraria a los Iscariotes. También existía la posibilidad de que fueran una facción traidora infiltrada en la cúpula eclesiástica, hecho que ya había ocurrido en el concilio de Nicea según Antonio de Ameugny, cuando Arrio se dedicó a defender sus ideas contando entre sus filas con Eusebio de Nicomedia, obispo de Constantinopla. En cualquier caso, teníamos que averiguarlo. No podíamos continuar nuestra investigación sin saber qué es lo que estábamos buscando.

* * *

Aquel fin de semana lo consideré como un descanso merecido. Me dediqué a leer y a escuchar música, vicios —más que aficiones— que tenía algo olvidados desde que murió don Claudio y Goretti se lió la manta a la cabeza arropándome con ella a mí también. Pensé en Lucía y en sus celos, en mi hija, en los Iscariotes y en la Hermandad de Barsabá, en Cluny y en el camino de Santiago. Le di vueltas a todo lo que quiso pasearse por mi mente pero no intenté darle ninguna solución. Siempre he creído que, después de un esfuerzo, no hay nada como hacer lo que a uno le da la gana para retomar el trabajo con más energías. Además, aquel asunto no me corría ninguna prisa. Tan sólo era curiosidad y, en el fondo, limpiar un poco la concepción que siempre había tenido de mi amigo el jesuita. No podía resignarme a dejarlo aparcado en mi memoria como un loco con ganas de imaginarse la Historia a su antojo.

El lunes trajo el invierno inesperadamente, con adelanto de casi un mes. Tuve que buscar el abrigo en el armario del recibidor antes de salir a la calle y dirigirme a la facultad. Había quedado citado con Goretti al mediodía, justo después de una de mis clases. Ya que tenía una hora libre entre dos de mis improductivos discursos —visto lo que hoy se escribe en los periódicos— me dirigí hacia la cercana facultad de Geografía e Historia para tratar de ir adelantando trabajo y enterarme de quién era aquel Bernardo de Reims. Llegué al despacho de mi amigo Jonás Padrón, el catedrático prepotente y oportunista que pretendió meter mano a Lucía el día que la conoció y se quedó con la cara calentita. Jonás estaba aleccionando a sus alumnos y tuve que conformarme con preguntarle a uno de sus ayudantes por el autor del diario que habíamos traducido en Santiago.

—Usted debe referirse a Marcos Babher —me respondió un joven profesor, escudado detrás de unas gruesas gafas, después de que le diera toda clase de detalles acerca del libro—. Se le conoce por el sobrenombre de Bernardo de Reims para diferenciarlo de su padre, que poseía una de las mayores fortunas habidas en los ducados de Baviera allá por el siglo XI ó XII. El hijo, que es por quien usted se interesa, era una copia de Francisco de Asís. Dejó todo a un lado y se dedicó a vagar por los campos de un lugar a otro hasta que se cansó de tanto misticismo y se asentó en Reims. Su nombre lo tomó prestado del mejor amigo del santo italiano, pasando a los libros de Historia porque, cuando heredó los dineros de su padre, los empleó en apoyar la segunda cruzada.

Hasta ese punto el hombre parecía una enciclopedia aunque no pudo seguir mucho más allá. Me explicó que, quien de verdad sabía sobre Bernardo de Reims, era mi amigo el catedrático. El tiempo se me echaba encima y le pedí que le diera recado que pasaría a verle cuando finalizara sus clases. Luego, regresé a la facultad y, después de instruir a mis alumnos con una aburrida disertación sobre el bien y el mal de las letras, me encontré con Goretti en mi despacho. Fuimos caminando hacia la facultad de Historia soportando un frío del demonio mientras le comentaba lo que me había dicho el ayudante de Jonás apenas una hora antes. Aquello no nos aclaraba nada, pero hizo que llegáramos al despacho del catedrático algo más templados, bien por el paseo, bien porque la sangre se había calentado creyendo que mi amigo podría desvelarnos algo más. Tuvimos que esperarle más de un cuarto de hora porque se entretuvo explicándole no sé qué a una de sus alumnas al tiempo que hacía esfuerzos sobrehumanos por controlar sus manos. Más tarde, ya en su despacho, continuó la lucha de sus extremidades aunque en esa ocasión, su objetivo fuera mi discípula. En un primer momento, temí la reacción de Goretti ante tal demostración de promiscuidad. Después de unos minutos, pensé que se estaba jugando otro par de bofetadas y me recreé en su suerte ante la incertidumbre de si las recibiría en la cara o en el bajo vientre.

Jonás Padrón tocó retirada en la primera escaramuza, quizá porque yo estaba frente a él, riéndome con la mirada del inmenso ridículo que un viejo idiota como él estaba haciendo delante de

una chiquilla que, en cuanto sintió la mano sonrosada del catedrático, dio un respingo y le atravesó el corazón con los ojos. Y es que Jonás siempre ha sido un imbécil, en la cúpula del mundo, pero un imbécil al fin y al cabo. Aún así, replegó las tropas de sus dedos y cambió el rumbo de la conversación hacia el tema que nos había llevado hasta allí para pedirle consejo e información.

Su ayudante estaba más enterado que él. No supo —o no pudo— contarnos mucho más sobre el de Reims. Tan sólo nos repitió que había sido uno de los muchos mecenas que financió gran parte de la segunda cruzada en Tierra Santa y todo aquel cuento de Francisco de Asís. Cuando me preguntó acerca de por qué tanto interés en aquel personajillo, traté de guardar silencio pero Goretta cortó en seco mi salida por la tangente y, como una cotorra, le soltó en un minuto la historia de don Claudio y de los Iscariotes, de Cluny y de la Hermandad de Barsabá. Jonás no pudo por menos que soltar una carcajada.

—Creí que pensabas como yo, que las elucubraciones del viejo loco sólo servían para reírte y tenerle compasión —me dijo después de tomar aire.

—Y así era hasta que fuimos a Cluny, pero... —traté de excusarme con torpeza. Estaba pasando una vergüenza tremenda.

—Jamás he oído hablar de esos... Iscariotes, o de la Hermandad de Barrabás, pero...

—Barsabá, la Hermandad de Barsabá —le corrigió Goretta antes de que continuara hablando.

—De como coño quiera llamarse —respondió algo molesto por la interrupción—. En ese sentido, no puedo ayudaros, pero si queréis seguir perdiendo el tiempo con Bernardo de Reims, sé de alguien que puede echaros una mano.

—Te lo agradecería —le dije con tono reconciliador y para que Goretta cerrara la boca de una vez.

—Conozco a un colega mío en la Universidad de Leeds que lleva toda su vida investigando las cruzadas. Se llama Wyatts. He coincidido un par de veces con él en alguna conferencia internacional y sus estudios parecen interesantes. Quizá pueda contaros algo de Bernardo de Reims que no venga en los libros —nos dijo mientras su mano contraatacaba hacia la retaguardia de Goretta—. Mañana le llamaré para ver si puede recibirnos —terminó con ese aire de grandes vuelos que sólo los que creen saborear el poder pueden utilizar, pero que a mí, personalmente, me resultan ridículos.

—Se trata de ir a Leeds, no a Alcalá de Henares. ¿Qué te hace pensar que vamos a ir a verle? —le pregunté.

—Los fondos de tu departamento. ¿O cómo piensas que sé que te has ido a Cluny? Todos lo hacemos y tú no ibas a ser distinto, amigo Patricio.

Sabía que mi nombre me fastidia horrores. Por eso lo utilizaba.

—Está bien —le dije aceptando su descubrimiento—. Mientras tanto, podrías esforzarte un poco y hacer memoria para contarnos algo más de Bernardo de Reims. Quiero llevar la entrevista preparada.

—Siento no poder ayudarte. Tengo que seguir preparando los cursos de París.

Recordé que, pocos días atrás, a raíz de la muerte del jesuita, Jonás me había hablado de su encargo para preparar unas jornadas de verano en la capital francesa acerca de los movimientos económicos internacionales y su relación con la aparición del hambre a escala mundial, escenario idóneo para realizar contactos que le catapultaran hacia el rectorado o algún lugar más alto.

—Te entiendo —le dije—. Será mejor que prepares tus aparejos de escalada. Gracias por la información. Te llamaré mañana para ver qué te ha dicho ese tal Wyatts.

—Suerte con tus Iscariotes y tu Hermandad de Barrabás.

—De Barsabá —le corrigió Goretti mientras cerraba la puerta de su despacho.

Abandonamos la facultad de Historia para regresar a mi despacho. Durante el camino, Goretti me explicó cómo Jonás había ganado su batalla particular logrando que las huestes de su mano invadieran su pantalón vaquero hasta asentarse en su trasero.

—Es un cerdo —me dijo indignada.

—¿Por qué no le has cruzado la cara?

—Porque temía que, de montarle la escena, no nos pusiera en contacto con Wyatts.

Sonreí antes de responder.

—La próxima vez que te ocurra, dale dos bofetadas. Jonás tiene callos en las mejillas de todas las que ha recibido.

—También los tendrá en las manos de todos los culos que habrá tocado.

—No lo dudes. Pero está acostumbrado a estas situaciones. Llamaría a Wyatts de todas formas. Tu culo le ha salido gratis.

* * *

Y así lo hizo. Recuerdo que, para no perder su costumbre, me llamó al despacho dos días más tarde y no al día siguiente tal y como habíamos acordado. Después de una aburrida introducción en la que explicó —con más detalle del necesario— las dificultades que tuvo para dar con su colega, me comentó que podíamos ir a verle el siguiente fin de semana. Sin perder un segundo, esa misma tarde envié un correo electrónico a Wyatts anunciándole mi visita y hablé con Goretti para decirle que no hacía falta que me acompañara. Sabía que el dinero no era problema para ella, pero no quería parecer tacaño ya que los fondos del departamento no eran un pozo sin fondo. Tampoco deseaba que pensase que quería aprovecharme de ella y de su cuenta corriente. Goretti pareció entender mi postura y me deseó suerte en mi viaje. Dos días después, cuando me dirigía hacia la sala de embarque en el aeropuerto, la observé sentada junto a la azafata que pedía las tarjetas. No sólo iba a acompañarme, sino

que había reservado su asiento junto al mío y una habitación en el mismo hotel de Leeds. Luego, mientras sobrevolábamos Bilbao rumbo a Manchester, me explicó cómo consiguió la información: a golpe de cartera —debía haberlo imaginado—. Descubrir qué vuelo iba a tomar hacia la ciudad del centro de Inglaterra no le fue problema ya que, desde Madrid, tan sólo había uno diario y yo tenía que salir necesariamente el viernes. Dar con el hotel fue algo más complicado. Para ello, se dirigió a la agencia de viajes que yo solía visitar para todos mis desplazamientos —la misma que utilicé para irnos a Cluny— y mintió con absoluta parsimonia y naturalidad a una de las empleadas asegurándole que era mi hija. La carnaza había sido echada y la besuga de la agencia no dudó en llevársela a la boca. Fue al pedirle su nombre para realizar las reservas cuando advirtió el engaño, pero ya era demasiado tarde. Goretti no tuvo más remedio que desenfundar su arma más poderosa —su tarjeta de crédito— para que la otra boba accediera a buscarle asiento en mi avión y habitación en el mismo hotel... aparte de un anticipo de no sé qué cantidad como pago de un futuro e hipotético viaje.

—Podía haber hecho las reservas por Internet, pero ya que estaba allí... —se excusó sin convicción— y además así viajamos juntos.

Si en España acababa de llegar el invierno, en la vieja Inglaterra ya estaba acomodado y dispuesto a descansar durante varios meses. Manchester nos recibió con una lluvia incesante que bailoteaba al compás de medio huracán helado. Un taxi nos llevó hasta la estación y allí preguntamos por un tren que nos dejara en Leeds. Una vez nos instalamos en un coqueto y céntrico hotel, llamamos por teléfono al profesor Wyatts. En Cluny, Goretti me había asombrado con su gran dominio de la lengua francesa. Mi corta conversación con Wyatts le demostró que yo también podía sorprenderla con el inglés, aunque mi mérito era menor que el suyo ya que mi madre era irlandesa y, de hecho, fue el primer idioma que mis labios fueron capaces de pronunciar.

Henry Wyatts me resultó simpático. Sólo había conocido su voz a través del auricular pero parecía un hombre dispuesto a ayudarnos en todo lo que le fuera posible. Nos citamos en un pequeño restaurante paquistaní cerca de nuestro hotel. Esperando a que llegara la hora de la entrevista, estuve reunido con Goretti ordenando la documentación que estaba en nuestro poder. Nos ocupó varias horas recomponer una investigación que —debo admitirlo— había llevado demasiado a la ligera. Teníamos que presentarnos ante Wyatts con las ideas claras si no queríamos que nos tomara por dos locos aunque, seguramente, Jonás ya se habría ocupado de advertirle que iba a verse con dos idiotas consumados.

El grifo del cielo continuaba abierto y el huracán pasó de ser medio a uno entero cerca de las ocho de la tarde, justo cuando mi alumna y yo abandonamos el hotel con más ropa encima de la que nunca creí poder vestir. Nos dirigimos con pasos lentos y cuidadosos hacia el restaurante que el profesor inglés nos había indicado. Cuando llegamos ante la puerta, respiramos profundamente antes de abrirla. Fue Goretti la que giró el picaporte mientras yo plegaba con dificultad lo que quedaba del

paraguas que habíamos comprado en el mismo hotel. Nos encontramos con un local mal iluminado, abarrotado de mesas y sillas de madera sin barnizar y un trío de camareros paquistaníes con las sonrisas brillando en la penumbra como los anuncios de neón de un burdel americano. En la mesa más alejada, bajo una lámpara verde de cristal que colgaba del techo, nos esperaba Wyatts. Lo reconocí porque era el único cliente de todo el restaurante. Agarré con fuerza el maletín y, después de hacerle una mueca de saludo, fuimos a sentarnos con él.

Wyatts no era mucho más joven que yo, aunque aún no sé si su calva reflejaba la luz de la bombilla o era al contrario. Tenía los ojos azules y pequeños, tanto que hubiera jurado que sólo cabía una lágrima en cada uno. Permanecían expuestos como dos joyas detrás de unas gafas redondas de montura plateada cuyos cristales, no demasiado gruesos, estaban rayados y sucios. Se levantó para darme la mano y descubrí que, además, era bajito, paticorto y algo cabezón. Al menos, vestía con elegancia un traje de lana color verde, de esos que hay que ahorrar un par de sueldos si te apetece el capricho. Desde luego, no era lógico que con la fortuna que debía estar ganando como catedrático — que en Inglaterra sí la ganan— nos hubiera citado en un restaurante tan mediocre, aunque los británicos siempre han sido un tanto raros (y tacaños).

Su aspecto físico era indirectamente proporcional a su amabilidad y simpatía. Como buen inglés, Wyatts se levantó al vernos entrar y acercó la silla de mi joven acompañante a la mesa. Luego nos preguntó qué queríamos cenar y, ante nuestra indecisión —hasta ese día, ninguno de los dos habíamos ido a un restaurante paquistaní— se encargó de elegir por nosotros. Mientras esperábamos a que nos sirvieran, hablamos de lo humano y lo divino ante la atenta mirada de Goretti que apenas entendía dos palabras de cada diez. No fue hasta los postres cuando se decidió a preguntarnos cuáles eran nuestras preocupaciones.

—¿Preocupaciones? —me extrañé—. No son exactamente preocupaciones. Son intereses. Estamos investigando cierta relación de un hombre llamado Bernardo de Reims con la segunda Cruzada.

—Debe referirse a Marcos Babher —me aclaró.

—Efectivamente.

—Y, ¿por qué tanto interés en un hombre que ha pasado a unos pocos libros de Historia, apenas ocupando unas líneas?

Me sentí obligado a relatarle nuestras correrías desde el principio en busca de los Iscariotes. Aunque traté de ser escueto y rápido, le conté con detalle cómo habíamos ido a Cluny en busca de la “Crónica ridícula” y todo lo que en ella se decía acerca de Constantino, del edicto de Milán y del concilio de Nicea. También le hablé del viejo bibliotecario francés ya muerto y de cómo habló a su

joven discípulo de la hermandad de Barsabá, del camino de Santiago, y de cómo en un relato de viajeros aparecía Bernardo de Reims mentando a los Iscariotes.

—Luego nos informamos de quién era Marcos Babher y de todo lo que hizo por la segunda Cruzada. ¿Qué puede decirnos de todo esto?

Wyatts me ofreció un cigarrillo y encendió él otro antes de responder.

—Llevo toda mi vida dedicándome a estudiar las cruzadas. Jamás he oído hablar o he leído algo que desvelara la existencia de esos dos grupos que usted me dice que está investigando.

—No sabemos si son dos o es el mismo con dos nombres distintos. También podría tratarse de una facción de uno de ellos, aunque nosotros nos inclinamos a pensar que, en realidad, eran contrarios.

—¿Quiere decir que luchaban uno contra el otro?

—Ha de ser así —le dije sin demasiada convicción—. René Bardeau, el difunto bibliotecario de Cluny, así se lo dijo a su aprendiz, es decir, le comentó que la hermandad de Barsabá se dedicaba a vigilar el camino de Santiago, aunque tampoco nos aclaró su cometido.

—Siento no poder ayudarle en ese sentido, aunque podría serles de utilidad mi último trabajo —dijo después de quitarse las gafas y frotarse ligeramente los ojos.

—¿De qué se trata?

—Asesinatos, profesor Calleja, asesinatos —respondió con tono cómplice—. Las Cruzadas, sobre todo la segunda, por la que usted se interesa, estuvieron plagadas de asesinatos. No todo es tan aventurero y fantástico como lo describen los historiadores de finales del siglo pasado. Las cruzadas significaban un gran sacrificio para los caballeros que osaban cruzar medio mundo para manchar de sangre sus espadas. Me atrevo a decir que, el menor de los peligros que allí les esperaban, eran los propios infieles. Las enfermedades y, sobre todo, el viaje, eran los grandes obstáculos a salvar. Pero, en la segunda Cruzada, hubo caballeros que murieron asesinados, muchos incluso en su tienda de campaña. He tratado de dar explicación a este hecho pero aún no he conseguido nada.

—Quizá pudiera estar relacionado con lo que dice Babher del camino de Santiago.

—No lo sé. Es la primera noticia que tengo y que, en cierto modo, podría relacionar los dos acontecimientos. Continuando con las cruzadas, hubo otros muchos caballeros que lograron salvar sus vidas de forma milagrosa. Recuerdo ahora la vida de sir Thomas Blame, un noble del sur de Inglaterra cuyas tierras podrían enclavarse en la actual región de Southampton. Blame se adelantó casi cincuenta años a la participación bretona en las cruzadas y se unió a los franceses y alemanes. Lo dejó todo, familia y posesiones incluidas, por ir a Tierra Santa y cortar algunas cabezas infieles. Cruzó el Canal de la Mancha y se dirigió a París donde se concentraban los cruzados hasta que, en número suficiente para defenderse de cualquier peligro, partían hacia su destino. No hay datos de cuántos acompañaron a Thomas Blame, pero pronto abandonaron París para atravesar el sacro imperio romano pasando por

Espira, donde el rey Conrado III había tomado su cruz, y después Ratisbona. Una vez en el reino de Hungría, el noble inglés cayó gravemente enfermo y fue abandonado por los otros caballeros dejándole en compañía de un par de pajes y su escudero. Edesa acababa de caer en manos turcas y no había tiempo para esperar a un hombre que, por otra parte, podía morir en cualquier momento. Pero Blame, aunque tarde, terminó por recuperarse de las fiebres que le habían invadido el cuerpo y la mente y continuó viaje hacia oriente. Cuando llegó a Constantinopla, las noticias que recibió le hicieron cambiar de rumbo. Tanto Luis VII de Francia, que había tomado su cruz en Vézelay, como Conrado III, decidieron que no valía la pena reconquistar Edesa y dirigieron sus huestes hacia Damasco. Blame no estuvo demasiado tiempo en Constantinopla. Se embarcó hacia Rodas con la esperanza de alcanzar a los dos monarcas y participar en la batalla, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Cuando llegó a la isla griega, sólo quedaban los que no habían querido continuar camino prefiriendo disfrutar de un clima cálido y breves escaramuzas en la cercana costa turca donde poder manchar de sangre la cruz que llevaban cosida en el pecho.

Decidí interrumpir su relato porque aquel cuento no nos llevaba a ninguna parte.

—¿Qué tiene que ver Sir Thomas Blame con los dos grupos? —le pregunté algo molesto.

Wyatts me indicó que tuviera paciencia con un gesto suave de su mano y, tras beber un sorbo de un vino de un sabor indescriptible, continuó con su historia.

—Blame llegó a Damasco cuando la ciudad resistía con todo éxito el sitio de los cristianos. No tuvo más elección que tomarse un descanso y desplegar su tienda a las afueras de la ciudad. Pasó el tiempo y lo que fue un campo de batalla se convirtió en un arrabal de caballeros y sirvientes aburridos de tanta derrota. La impotencia que cuajaba de debilidad sus huesos cuando rebotaban una y otra vez contra las murallas de la ciudad hizo que se tomaran su cometido con más tranquilidad y menos fanatismo. De ahí que Damasco viera desde dentro como sus atacantes dejaban a un lado sus ardores guerreros y la monotonía se hacía cargo del resto. Aparecieron las primeras deserciones y los primeros robos. No tardaron en llegar los crímenes y los asesinatos. Muchos de los soldados que habían llegado hasta allí obligados por sus señores dejaban a un lado la cruz y lo que hiciera falta por regresar a sus hogares. Aprovechando tal confusión, muchos sarracenos de Damasco dejaban atrás las murallas y burlaban la vigilancia cristiana para pasar a cuchillo a cualquiera que tenían a su alcance. El propio Sir Thomas había decidido buscar otro lugar donde medir su espada y empezó a organizar su equipaje para regresar a Constantinopla. Antes de partir, una noche de primavera, mientras dormía, cuatro hombres entraron en su tienda, quizá para robar algo con lo que pagarse el viaje de vuelta a Europa, quizá para marcarle la media luna en la garganta. Blame saltó de su lecho espada en mano y trató de defenderse pero pronto fue desarmado. Antes de que pudieran acabar con su vida, dos monjes penetraron en la tienda e hicieron frente a los intrusos a los que dieron muerte. Toda la fama recayó sobre el noble

inglés, que jamás volvió a ver a los monjes que le habían salvado la vida. Primero se habló de que habían sido cuatro sarracenos quienes trataron de matarle, pero mucho más tarde se supo que fueron un caballero cristiano, su mozo de armas, uno de sus pajes y un soldado.

—¿Cristianos?

—Al menos, eran de raza blanca. Aquel hecho no hubiera tenido importancia si hubiesen sido unos pobres soldados, pero la presencia de un caballero en aquel incidente me ha hecho reflexionar e investigar aquellos asesinatos. Los caballeros no desertaban jamás. Si lo hacían, aparte de perder la vida, la desgracia caía sobre sus familias, que se veían desposeídas de todo aquello que les relacionara con el traidor. Aunque sangre noble corriera por sus venas, podían terminar sirviendo para otro caballero. Nadie se arriesgaba a tanta humillación. Además, sólo tenían que hablar con el rey para que les encomendara otra misión. Jamás habrían tratado de matar a otro caballero, a no ser que entre ambos hubiera una cuestión que atacara su honor, pero jamás para robarle como un vulgar ladrón. Sir Thomas fue uno de los que pudo contarle, pero otros muchos no tuvieron tanta suerte y están enterrados a las afueras de Damasco.

—¿Qué tiene que ver la historia de sir Thomas Blame con marcos Babher?

—Quizá esos cuatro desdichados pertenecieran a los Iscariotes de los que me habla. Quizá los dos frailes fueran dos miembros de la hermandad de Barsabá. Al fin y al cabo, Cluny era una abadía y allí suele haber frailes.

—Y quizá sea todo una hipótesis tan descabellada como mi investigación —terminé por decir—. ¿De dónde ha sacado ese cuento de sir Thomas?

—De la crónica de Pablo de Orleans, uno de los mayores investigadores de las ocho cruzadas. No me extraña que no haya oído hablar de él. Fui yo mismo quien lo descubrí hace unos años y aún no tiene suficiente prestigio ni... publicidad. Pablo de Orleans fue un historiador que vivió a finales del siglo XIV y principios del XV, casi doscientos años después de la última cruzada a Tierra Santa. Comprenderá que, desde luego, tenía más recientes aquellos acontecimientos que nosotros ahora, siete siglos después. Y ahora que me lo pregunta...

Wyatts quedó pensativo tratando de recordar algo que, a juzgar por su expresión, hacía tiempo que había leído. Goretti parecía aburrirse y jugueteaba con algunas migas de una especie de pan sobre el mantel verde. Ni siquiera se daba cuenta de lo que ocurría. Su pobre conocimiento del inglés había terminado por desanimarla en su esfuerzo por entender nuestra conversación y se entretenía deshaciendo los restos de aquel bollo insípido a medio cocer.

—“*La maldición de la plata y la bendita presencia de los que se dicen elegidos*” —dijo Wyatts quitándose las gafas de nuevo.

—¿Qué está diciendo? —preguntamos los dos a la vez; yo porque no entendía a qué se refería y Goretti porque no entendía una palabra.

—No sé si es la frase exacta, pero Pablo de Orleans decía algo así cuando se refería a los asesinatos que sembraron el miedo en la segunda Cruzada. En la mayoría de los crímenes de los que habla, ya fueran conatos como el de sir Thomas o consumados como tantos otros, Pablo de Orleans termina siempre con esa frase: *“La maldición de la plata y la bendita presencia de los que se dicen elegidos”*. Nunca he sabido a qué se refería. Lo entendí como una especie de plegaria por las almas de los caballeros o como una oración de gracias por haberles salvado la vida.

—¿Podría estudiar esa crónica de Pablo de Orleans? —me atreví a preguntar.

Wyatts continuaba absorto en no imagino qué elucubraciones y dudas por lo que tardó algunos segundos en responderme.

—Por supuesto. Mañana he de ir a Londres para dar una conferencia. Si no tienen inconveniente, pueden venir el domingo a mi casa. Les entregaré una copia del libro para que puedan echarle un vistazo. Quizá puedan sacarle más jugo del que yo he sacado.

Nos dibujó un mapa en una servilleta de papel que trajo uno de los camareros de sonrisa fosforescente. No hablamos más sobre Marcos Babher o las cruzadas porque habría sido del todo inútil. Wyatts no sabía nada que nos interesara y nosotros no podíamos contarle nada que ya no supiera o que desconociera por completo. Por ello, nos entretuvimos durante unos minutos poniendo a bajar de un burro al actual sistema de enseñanza, ya fuera el británico o el español, que cuando uno conoce mundo se da cuenta de que en todas las cazuelas cuecen habas y que rascando la pintura con la uña, sólo se encuentra otra capa más antigua que cubre la herrumbre. Goretti ¡la pobre! formó un barbecho de bolitas de pan.

* * *

El sábado lo ocupamos en dormir y en conocer Leeds, una ciudad pequeña y fea que absorbe las sobras de la cercana Manchester. También alquilamos un coche para ir al día siguiente a la casa del profesor. Estaba situada en los alrededores de los alrededores, o lo que es lo mismo, en mitad del campo. Había que tomar la autopista hasta la salida que conducía a un pueblecito cercano, lleno de canales que se utilizaron en el siglo pasado para el transporte de mercancías. Una vez allí, había que dirigirse hacia el norte por una carretera por la que apenas se podía circular dado lo estrecho y enrevesado de su recorrido. Pasadas no sé cuantas millas y tres cuartos de una más, antes de llegar a una curva cerrada, había una cerca pintada de blanco que partía en dos un murete de piedra. Desde aquel

punto ya podía divisarse el tejado rojo de la casa de Wyatts, aunque aún había que subir la pequeña colina en la que estaba enclavada.

Aquel domingo de invierno inglés —otoño al otro lado del Canal de la Mancha— amaneció con un sol español sobre los prados verdes y bien recortados de Leeds. Conducir por la izquierda fue volverse loco en un instante, aunque reconozco que mereció la pena la experiencia de pensar que el resto estaba tan equivocado como yo. En menos de media hora nos presentamos ante la valla pintada de blanco que Goretti tuvo que abrir porque a mí no me dio la gana de bajar del coche y para eso ella era —y es— mucho más joven. Regresó al vehículo e iniciamos lentamente el ascenso a la colina. Wyatts debía haber encendido la chimenea porque el humo se divisaba desde allí abajo. Antes de que viéramos la puerta principal de la casa, nos cruzamos con un joven que caminaba hacia la carretera por el sendero de tierra por el que subíamos. No le saludamos porque él ni siquiera trató de sacar las manos de los bolsillos y escondió su rostro detrás del cuello alzado de un abrigo gris. Coronamos la colina y nos detuvimos frente a la puerta. Nada más descender del coche notamos que algo no marchaba bien. O Wyatts no sabía prender la lumbre o aquello olía bastante mal, y es que el humo que comenzaba a extenderse por el cielo no salía de la chimenea sino de la parte trasera de la casa, y no formaba una columna uniforme y gris, sino que ascendía hacia la cúpula azul manchándolo de borbotones violentos y muy oscuros.

Algo se estaba quemando y no era precisamente ni la comida ni algunos leños dentro de la chimenea. Sin perder un instante, rodeamos el edificio hasta encontrar el foco del incendio: el despacho del profesor. Como dos hipnotizados, observamos las llamas rodeando el cuerpo inmóvil de Wyatts a través de un gran ventanal de cristales emplomados. Goretti era una estatua de mármol y no tuve más remedio que dejarla sola mientras buscaba una puerta por la que entrar a rescatarle. Lo hice por la cocina que, gracias a Dios, era la habitación más cercana al despacho. Antes de sumergirme en aquel océano de humo gris, empapé mi pañuelo bajo el grifo del fregadero y me lo coloqué en la cara tapándome la boca y la nariz. Wyatts estaba tumbado sobre la alfombra que cubría el suelo de madera, muy cerca de su mesa, llena de papeles escritos entonces de fuego vivo. Me acerqué a él y lo levanté por los brazos. Las llamas adornaban todo el despacho dispuestas a pintarlo de negro en pocos minutos. Arrastré el cuerpo de Wyatts a través de la cocina hasta los mismos pies de Goretti, que ni siquiera había cambiado de postura. No recuerdo si la exhorté a continuar convertida en piedra o recordé a su padre de muy mala forma, pero lo cierto es que tampoco hice demasiado caso al profesor. Sabía que estaba más muerto que mi amor por Lucía y en lo único que pensaba era en recuperar el libro de Pablo de Orleans del que nos había hablado el viernes por la noche. Empapé de nuevo el pañuelo en agua y regresé al despacho. Cada segundo que pasaba el humo se hacía más espeso y yo comenzaba a respirar con cierta dificultad. La habitación se había convertido en una orgía de fuego y todo se quemaba como

si en las llamas hubieran encontrado su mejor diversión. Reconozco que fue en ese instante cuando me di cuenta de que yo también era combustible y me caló el miedo como una navaja helada entre tanto calor. No recuerdo cómo llegué a conseguirlo, pero en un arrebato de furia —o de impotencia— me lancé hacia la mesa del profesor —entonces ya era un infierno plano— y cogí todo lo que mis manos pudieron abarcar. Cuando regresé junto Goretti solté mi botín en la hierba y comencé a pisotear las llamas que acariciaban suave pero mortalmente los libros, cuadernos y hojas sueltas que había podido rescatar. Mi alumna había dejado de lado su aturdimiento y estaba arrodillada ante el cuerpo sin vida del profesor. Fue al ponerle la mano sobre el hombro cuando sentí un escozor que jamás se borrará de mi memoria. Me había quemado los dedos como diez salchichas en la parrilla de un dominguero descuidado y torpe. La piel se había resquebrajado, estallado, y el dolor se hacía insoportable. Creo que, incluso, me mareé y a punto estuve de perder el sentido. Goretti dejó de mirar a Wyatts y trató de ayudarme a entrar en la cocina para lavarme las quemaduras, pero salía demasiado humo por la puerta y, aunque tampoco soy muy corpulento, sus fuerzas eran incapaces de sostener mi peso por apenas unos pocos segundos. Fue uno de los bomberos del camión que apareció minutos después quien se ocupó de mis heridas mientras me hacía una serie de preguntas que ni recuerdo ni le respondí.

Al que sí tuve que rendir cuentas fue a un sargento de la policía que llegó después que los bomberos. El hombre fue muy amable al esperar a que me hicieran una cura de urgencia y muy pesado a la hora de sacar el cuadernillo de notas y comenzar su interrogatorio. En un principio le mandé al infierno —que estaba bien cerca— aunque no desesperé y, al final, le vomité una declaración sujeta con alfileres y parte del desayuno sobre los pantalones del uniforme. Más tarde me vi las caras con su superior en una jefatura de pueblo muy de película, con su pequeño mostrador y una mujer policía de muy buen ver, con unos ojos azules que tampoco olvidaré mientras viva, quizá porque le pedí cien veces café y cien veces me lo trajo con una sonrisa.

Explicar que Goretti era mi pupila y yo un catedrático de Ética, y que habíamos ido a ver a Wyatts un domingo por la mañana para que nos contara una historia que ni el propio don Claudio se hubiera podido inventar —y mucho menos creer— fue como decirles que tenía una tía en Zaragoza y otra en Teruel. Tuve que esforzarme mucho en hacerles comprender la verdad. Esa misma noche nos dejaron en libertad y pudimos regresar al hotel. Después de todo, nosotros habíamos descubierto el incendio y rescatamos el cuerpo del profesor Wyatts de las llamas, aunque demasiado tarde. Nos prohibieron abandonar Inglaterra hasta que el juez nos diera permiso y yo, que para eso siempre he sido un tanto tacaño, conseguí que nos pagaran el hotel hasta que el magistrado se dignara a dejarnos ir. Algo bueno teníamos que sacar de toda aquella pesadilla y el departamento de Ética y Deontología de la Información se lo agradecería, sobre todo, los fondos de su cuenta corriente. Desde ese mismo instante y hasta que nos llevaron al juzgado, no volví a ver a Goretti. Acompañada por dos mujeres policías,

abandonó el hotel para alojarse en otro cercano y nos prohibieron comunicarnos. Nunca sabré a qué venía tanta precaución, pero no volví a saber nada de ella hasta el día siguiente.

El juez se dio prisa en actuar y ese mismo lunes por la tarde nos presentamos ante él. Firmamos un papel que no me dejaron leer y nos sacaron de la sala inmediatamente después. Estábamos libres y sin cargos. El policía que se estaba encargando de la investigación nos informó de lo que había ocurrido. Wyatts había muerto de un ataque al corazón y un cigarrillo sin apagar era el causante del incendio. Por lo tanto, no había asesinos ni sospechosos. Luego me preguntó por la documentación que había podido salvar de las llamas.

—Es mía —mentí con toda la convicción que pude mostrar.

—¿Y cómo es que estaba en el despacho del profesor?

—No estaba allí. Yo la llevé esa misma mañana y tuve que dejarla en su despacho para sacar al profesor.

No sé si me creyó o se hizo el sueco. Me entregó una carpeta con lo poco que saqué de la hoguera y nos llevó al hotel para recoger nuestras maletas y salir camino del aeropuerto de Manchester.

Lo peor de todo aquel ajeteo no fue la muerte de Wyatts —realmente, no conocía al profesor aunque, he de reconocer, me había caído simpático— ni el miedo que pudimos pasar en el incendio, sino el desbarajuste que nos había ocasionado aquella situación. La policía de Leeds había tenido que buscarnos un par de huecos en un avión para regresar a España y los había encontrado en un vuelo que despegaba a medianoche y llegaba a Madrid pasadas las tres de la madrugada después de una corta escala en Barcelona. Con más resignación que otra cosa, nos dirigimos hacia el aeropuerto acompañados por un policía vestido de uniforme conduciendo un coche sin distintivos. Una vez en la terminal, nos pidió que le esperáramos en la cafetería mientras él se ocupaba de recoger los billetes y facturarnos el equipaje. Al principio agradecí su gesto, pero pronto lo eché de menos. Goretti estaba muerta de sueño y decidimos tomarnos un café mientras esperábamos a que regresara el policía. Nos sentamos en una de las mesas que había cerca del pasillo de tránsito en silencio y recuerdo que dejé mi maletín en la silla que había entre los dos. Me disponía a servirme el azúcar cuando sentí un fuerte empujón por la espalda y mi cuerpo se abalanzó contra la mesa. No me dio tiempo a reaccionar y me llevé todo por delante. Goretti acabó en el suelo debajo de la mesa y bañada en café amargo —si a ese agua tintada se le puede llamar café—. Yo estaba de rodillas y me giré en redondo para ver qué demonios había pasado. Fue entonces cuando descubrí que mi maletín había desaparecido. Un hombre envuelto en un abrigo gris corría con él pasillo adelante, el mismo que vimos el día anterior en la colina donde Wyatts tenía su casa. Ni siquiera grité aquello de “¡al ladrón! porque cuando quise darme cuenta, estaba corriendo tras él maldiciendo en silencio a aquel sujeto, mi mala suerte y los veinte cigarrillos que fumo al cabo del día. La distancia entre los dos fue alargándose hasta que tropezó con una pareja de

japoneses que caminaba distraída por la terminal. Mi asfixia iba en aumento pero tuve tiempo de sujetarle por los faldones del abrigo y tratar, si no de verle la cara, sí al menos de recuperar mi maletín. Allí tenía todo lo que habíamos conseguido, joyas en forma de notas que, quizá, no hubiéramos podido volver a reunir. Aquel joven era fuerte y ágil por lo que no le fue difícil recuperarse de su caída y, después de soltar un manotazo, librarse de mi mano y salir huyendo de nuevo. Era demasiado rápido para mí y para cualquiera, porque el condenado imbécil corría como a quien se le sueltan los perros. Tuve que conformarme con verle desaparecer por los pasillos mientras la impotencia y la nicotina se resquebrajaba en mis pulmones.

El policía apareció pocos minutos después, mientras Goretti se limpiaba con un pañuelo que le había prestado y yo renegaba de Su Majestad por no dejar fumar en los aeropuertos. Los dos habíamos olvidado haber visto a aquel joven el día de la muerte del profesor y, curiosamente, tenía algo que ver con... ¡nosotros! Porque —era de cajón— aquel hombre podía haber sido el asesino de Wyatts si no llega a ser porque el pobre murió de un infarto, pero estaba muy claro que había quemado la casa para destruir cualquier prueba, cualquier información que a Goretti y a mí nos fuera de utilidad.

Así lo pensé en un instante y así se lo dije al policía.

—Está muy cansado. Ese tipo es el típico ladrón de aeropuerto —me dijo tratando de quitarle importancia al suceso—. No creo que tenga nada que ver con la muerte de Wyatts.

—Pero lo vimos ayer por la mañana bajando de su casa hacia la carretera —insistí.

—Ha sido una mala experiencia. Tómeselo con calma. Ahora creará verle en cualquier parte. Suele ser uno de las consecuencias de haber sufrido un impacto emocional.

¡Impacto emocional! Preferí no discutir y le mandé a la mierda en castellano. Con total seguridad, aquel policía quería quitarse de encima a los dos españolitos y mandarlos de vuelta a casa cuanto antes para poder irse a dormir.

El calmante que me había tomado para el dolor de las quemaduras continuaba haciendo efecto y pude dormir algo más de una hora durante el vuelo. Me despertó Goretti minutos antes de llegar a Barcelona. Quería decirme algo muy importante que aún no se había atrevido a soltar.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—Se trata de esta nota —me dijo sacando un papel arrugado del bolsillo. Tenía los bordes quemados.

—¿Es de Wyatts?

—¿De quién si no?

Lo desplegué lentamente y vi que sólo había escritas a mano un par de líneas que, por consideración, reproduciré traducidas: *“Iscariotes: puede haber una referencia en la consagración de la Catedral de Santiago de Compostela”*.

—¿Cómo la has conseguido?

—La cogí mientras te hacían las primeras curas en las manos. Estuve ojeando lo poco que pudiste sacar del despacho de Wyatts. No encontré nada interesante aparte de esta nota. Realmente, no sé si había algo más de importancia. Mi inglés no da para más. Por eso, cuando llegó la policía, decidí ocultarla antes de que requisaran todo aquel montón de basura a medio quemar. Suponía que el resto lo íbamos a poder ver después con algo más de tranquilidad, y no estaba equivocada hasta que nos lo robaron.

—¿Por qué no me la has dado hasta ahora?

—Tenía miedo. La policía me la podía haber quitado. La he tenido escondida.

—¿Dónde?

—Escondida... —repitió.

Volví a leer la nota antes de continuar.

—No hay duda de que la escribió la misma mañana de su muerte o la tarde anterior. Dijo no haber oído nunca el nombre de los Iscariotes.

—Quizá estuviese preparando nuestra visita y estaba tomando algunos apuntes.

—No te falta razón. Hay que volver a Santiago.